ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero

ENTRE PICAROS...



La novela se inicia con la descripción de la estrategia que urde Luys Gallardo quien, acompañado por sus fieles dirigidos por Ferrante y las galeotas de Lascar, se dispone a vencer a los reitres alemanes. El bandolero gascón Bruyant Lartiguers fanfarrón siempre acompañado de su parlanchín loro Coclicó recibe la encomienda de detener a Corsi; lo hace, pero cuando busca un compinche para embarcar su presa se encuentra con Lascar, que le vence y le reduce y le convence de que se alíe con la causa corsa. A partir de ese momento, en su dimensión de espía doble consigue confundir a los aliados de los invasores; la guerra es inmisericorde.



Arnaldo Visconti

Entre pícaros...

El Galante Aventurero - 08

ePub r1.0
xico_weno 18.08.16

Título original: *Entre pícaros…*
Arnaldo Visconti, 1949
Ilustraciones: Jaime Provensal

Editor digital: xico_weno
Escaneo y maquetación original: capitán_rojo
ePub base r1.2




ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero

ENTRE PICAROS



CAPÍTULO PRIMERO

FUERZAS EN REPOSO

Las tres galeotas, desnudos los palos y quietos los remos, anclaban a escasa distancia la cala frente a la aldea de Mezzomare una de las dos islas que recibían el paradójico nombre de Sangrientas, ya que su población estaba compuesta de pastores y monjes.

En una de ellas, la que, por ostentar en la cofa un gallardete compuesto de varias cintas de colores, proclamaba su calidad de nave capitana, paseábase por el puente, que dominaba los bancos de remeros cautivos, Truand Lascar, el capitán corsario bretón.

Hacía poco que acababa de regresar de Ajaccio, donde fue acompañando a Luys Gallardo.

Vestido con suntuosa galanura, era en modales y en aspecto muy distinto al semidesnudo cautivo que derribó a cabezazos a Stronck Goldstein, y desafió insolentemente a Abdul Hamez[1].

Volvía a ser el audaz pero comedido capitán corsario. Llevaba en la diestra un rollo de pergaminos: la relación de cautivos.

Tras él iba su segundo, Ives Le Quimper. Éste llevaba el látigo de cómitre.

Truand Lascar se detuvo en el centro del puente-pasarela.

—De cuantos aquí estáis, pocos sois los que merecéis otra suerte que la de vivir encadenados, porque así, al menos, no sois perjudiciales a la humanidad, y prestáis un servicio. No obstante, algunos vais a ser libertados, porque messer Dago Corsi, el que ganó estas naves arrebatándolas al turco, necesita luchadores. El que prefiera seguir en el banco, bastará con que deniegue con la cabeza, al ser nombrado. También necesitamos remeros.

Miró Lascar la lista, y fue citando nombres. La relación era cuidadosa e imparcial. La había elaborado Abdul Hamez…

Todos aceptaban el verse libres de cadenas en la agotadora faena de empujar el remo. Luchar era adquirir posibilidades de huida.

Hizo una pausa Lascar para leer en voz baja el defectuoso italiano en que estaban redactadas las listas:

> «Stronck Goldstein. Caballero teutón que consumió sus caudales mercando nave que capitaneó para buscar tesoro de isla griega. Su tripulación le abandonó, y fue apresado en tierra de Esmirna. Pueden ofrecer rescate».

Truand Lascar, serio el semblante, miró hacia el teutón.

—¿Deseas ser libre, Stronck?

El hercúleo Goldstein miró estólidamente a su interlocutor. Tenía aún en la frente la brecha del reciente cabezazo que le propinó el bretón.

—Lo deseo, capitán Lascar —contestó.

—Mandarás el grupo de cautivos libres, Stronck.

—Responderé de ellos y cumplirán, capitán Lascar…

Truand Lascar miró de nuevo la lista, mientras era libertado Stronck Goldstein de las argollas que encerraban sus tobillos.

Al subir el teutón al estrado, preguntó el bretón:

—¿Nadie ofreció rescate por ti?

—Quien pudo hacerlo, que era Beatriz, mi hermana, debió fracasar. Me quería mucho y yo también a ella. Espero no le pasaría nada en su búsqueda de mi destino. ¿Dónde ordenáis me traslade, capitán Lascar?

—Os haréis cargo de los cautivos que vayan siendo liberados, contramaestre Goldstein. Sabéis de cosas de mar, y ni sois rencoroso ni falso. Quedad cerca de mí.

Un coloso de pelambrera roja, ciclópea musculatura y ojos azules, exclamó:

—¡Soy Costa Framoer, capitán Lascar!… Fui gran marino… Perdonad si no espero a que me llaméis, pero tal vez no estoy en la lista, porque no ha mucho fui hecho cautivo.

Buscó Lascar hasta leer, casi al final de la lista.

«Costa Framoer. Capitán islandés. Sirvió al Gran Visir. Se rebeló al enriquecerse, desacatando órdenes».

—Aunque no hubieseis estado en la lista, capitán Framoer, os conozco. No olvidéis que anteayer remaba yo como vos. Nunca aludisteis al servicio que prestasteis al Gran Visir.

—Un cargamento de cautivos para el remo. Eran españoles.

—¿Sí? Sois un necio, aparte de ser un canalla, capitán Framoer. ¿Creéis que, por ser yo francés, me halagaría saber que entregasteis prisioneros españoles? Os quedáis en el remo, y aquí os pudriréis, porque no fueron hombres los que entregasteis, sino mujeres de vuestra propia raza. ¡Y no rechistéis más, o de lo contrario os mandaré despellejar a azotes! Las olas del mar hablan…; y ellas comunicaron la vileza de un capitán vendiendo inocentes mujeres.

El coloso pelirrojo masculló sordas palabras. Ives Le Quimper alzó el látigo, que, restallando, surcó los hombros de Framoer.

El islandés se encogió, callando.

Alzó la voz Truand Lascar:

—Escuchad todos, y el que italiano no sepa, ya sabrá lo que digo por sus compañeros. Yo, corsario, acato el mando de messer Corsi, porque éste se ha propuesto defender Córcega de los ataques de invasores. Hablo para los que libres quedan bajo el mando del contramaestre Goldstein. Conozco cuantas triquiñuelas pueden usarse, y si ahora entre picaros anda el juego, que nadie pretenda dárselas de listo, porque la disciplina del mar caerá sobre el que se sienta tunante.

Y, al emplear este último calificativo, apartó Lascar la vista para mirar al hombre que se destacaba en la cubierta de la más cercana galeota. Un hércules tonsurado, de barba negra, vestido de peregrino, y cuyo cinto servía de corre para retener junto a él a dos lobos.

* * *

Uno de los lobos bostezó ampliamente, mientras el otro emitió un sordo gruñido, al acercarse un hombre hacia el peregrino.

—Calla, «Dago» —murmuró Dom Corpacho—. Deberías seguir el ejemplo de tu hermano «Luys»… Hola, Vincenzo. ¿Qué novedad?

—Un vigía anuncia que una chalupa se acerca.

El hércules rió con su peculiar risotada campechana.

—Es gracioso que estemos a bordo de nave, cuando no emendemos nada de navegación. ¿Y qué se hace cuando se acerca una chalupa?

Vincenzo Fedele, el bandolero que con su cuadrilla había merecido la distinción de formar parte de la «depurada» fuerza del trovador que suplantaba al verdadero Dago Corsi, se encogió de hombros.

Pálido, sombrío y huraño, dijo:

—Battista y Ascanio me insultan. Me llaman perro traidor. Dicen que es inicuo que me comporte como un turco.

En uno de los bancos, dos hombres encadenados hombro a hombro, conversaban en voz baja:

—… es ignominioso. Dos valientes capitanes como tú y yo, aquí amarrados. ¡Yo, «El Desollador», el terror de los genoveses, aquí… trabajando!… Trabajando como un vulgar menestral…

—Cálmate, Ascanio —aconsejó el taimado Battista Malfi—. Hasta ahora aún no hemos remado. Y ya sabes lo que te sugerí. Más vale que estemos aquí, que donde el cochino de Vincenzo. Cuando los genoveses hagan trizas a Dago y sus cerdos, nosotros seremos cautivos, que no intervenimos en luchas.

—Lo que me deja turulato es eso que dicen de que Dago se ha propuesto convertirse en condotiero, abandonando la montaña.

—Anda de por medio una condesa enamorada, y él está bebiendo los vientos por ella. Dicen que se van a casar…

—Más afortunado fuiste tú. Sí, sí… Fuiste un diablo afortunado, porque tu mujer se escapó de tu choza. ¡Chitón! Ahí sube el cerdo de Dago…

* * *

Truand Lascar acompañó con otra chalupa a la que llevaba a Luys Gallardo. Y el trovador sonrió al ver la fijeza con que el bretón, al detenerse ambas chalupas al costado de la galeota, miraba su dedo meñique, donde lucía, casi invisible, el cordoncillo de oro que había de servirle para diferenciarlo, en caso de una posible presentación de Dago Corsi.

Avanzó Dom Corpacho al encuentro del trovador…

—Delfín Lechuga fue a tierra, messer. Acompañó a los que fueron en busca de provisiones a Ajaccio, pero me confesó, para que te lo dijera, que deseaba hallar la pista de una francesita, llamada Viviane, que, al parecer, le sorbió el seso.

Luys Gallardo miró unos instantes al gallego. Después, volvióse.

—Capitán Lascar: dejad aquí a vuestro segundo, y en la tercera nave a otro de vuestros bretones, a modo de capitanes de maniobra. Debemos a todo trapo y remo llegar a la ciudad. Y, una vez allá, romper el cerco que sitia el castillo de Montemar.

Marchóse el bretón. No tardaron las naves, ayudadas por el viento, en poner proa hacia Ajaccio.

Luys Gallardo, sentado en el castillete de proa, pulsaba su laúd. No dejaba de mirar con insistencia a Dom Corpacho, en pie a su lado.

Quebró con aguda nota una de las cuerdas…

—Es misteriosa tu mirada, messer —dijo Dom Corpacho.

—Corresponde a tu maliciosa sabiduría, Dom… ¿Crees en presentimientos y advertencias del corazón?

—Sí.

—Yo te considero un pícaro inteligente.

—Gracias. Es elogio que aprecio.

—Sé que no me deseas ningún mal, y, no obstante, mal ocultas algo que yo debería saber. Dijiste, cuando por vez primera nos vimos, que habías estrangulado a Dago… Y yo tengo no sólo el presentimiento y la corazonada de que vive, sino ciertas pruebas.

—¿Sí? Yo os veo a vos, messer…

—No seas socarrón, Dom. Tal vez cuando me canse de ser un pelele manejado por hilos que tú agitas, podré intentar sacarte la verdad a la fuerza. Por ahora quiero intentarlo por amistoso proceder. Llamas a tus dos lobos «Dago» y «Luys», respectivamente… Eres un ser enigmático, Dom, y yo soy claro. ¿Juras haber estrangulado a Dago?

—Nunca lo juré.

—¿Vive?

—Es posible…, pero está a buen recaudo. Ves que no trato de embaucarte, trovador. Te acato como a messer Corsi. No te delaté a su pandilla de fieras sedientas de matanza…

—¿Por qué favoreciste la substitución?

—Yo, no. Soy sólo un instrumento de un hidalgo genial, que por razones que a su tiempo sabrás, y que no puedo revelarte, quiso que redimieras el nombre de Dago.

—Obscuro es esto, pero al menos veo que no has pretendido engañarme al yo exponerte con claridad los hechos.

—Prefiero a éste. —Y con el pie Dom Corpacho tocó en el cuello al lobo que llamaba «Luys». —Aunque éste— y ahora tocó al que mostró gruñendo los colmillos, —bien amaestrado, puede regenerarse.

—El misterio se aclarará. Ahora, interesa que las fieras sedientas de sangre ayuden a la tarea de levantar el cerco al castillo de Montemar. ¿Cuándo hablarás del hidalgo genial?

—Tal vez muy pronto…, ya que, por lo visto, anda suelta tu… tu figura gemela.

Las tres galeotas, navegando en triángulo, iban acortando la distancia que las separaba de Ajaccio.

—Flota de picaros —comentó Luys Gallardo—. Turbias aguas las que rodean Córcega, Dom. Y a mí me gustaron claras, diáfanas. Buscaba sólo sonrisas de mujer como recompensa a mis trovas…, hasta que me enfrenté con Dago… Quiero nuevos rumbos, y terminar de una vez ya con esta confusión. Espero me ayudarás.

—Con gran placer. Y ahora, messer, te ayudaré en lo que te propones. Y permíteme, trovador: del castillo, ¿cuál te atrae? ¿Madona Alicia o madona Altiera?

—Que te lo aclare el hidalgo que te manda.

Y aunque rió alegremente el trovador, no por eso Dom Corpacho se engañó. Reconocía a los hombres que, riendo, matan… Alegres y leales, sabían también ser torvos y astuciosos llegado el momento.

Momento que no podría tardar, ya que, por lo que fuese, Dago Corsi andaba libremente por Ajaccio…

Quiso ser él ahora quien tratara de saber.

—Dijiste que tenías pruebas de la existencia de tu mellizo, trovador.

—Las tengo. Muy sencillas. El Podestá me felicitó por hazañas que no pude realizar, ya que estaba yo muy lejos.

—¿Las realizó tu mellizo?

—No emplees esa palabra. Me molesta. Es mellizo quien junto a uno se crió… y no quien a uno se parece por capricho de

Naturaleza. ¿Qué juego se trae entre manos tu hidalgo, Dom?

—Yo mismo no lo sé, pero puedo afirmar que no es vil, porque a vilezas no me presto, ni a viles fines sirvo.

—Ésta es también mi creencia; conque, Dom, de momento fuerzas en reposo somos…, hasta que consiga dejar libres los alrededores del castillo de Montemar. Y continúa manteniendo atados al juguetón y al gruñón. Yo no te morderé sin avisarte…, pero tal vez el otro hinque primero el diente y después te advierta.

—Dos veces le salvé la vida, y buen derecho tuve, pues, en disponer de su libertad… para bien suyo. Al menos así, lo dijo el hidalgo.

—Lo que sea sonará. Baste que estemos advertidos, señor pícaro. Anda suelto el tigre… y le estiraste el rabo. Conque, al igual que lo cazaste, te puede cazar. Ha sido peligroso el juego. Y para contrarrestar tus misterios, te ofrezco otro: ¿cómo sabrás en tierra, entre separaciones, que quien ante ti veas no es el verdadero Dago Corsi?

Rió el trovador, y campechanamente el gallego:

—El que en aguas revueltas anda, messer, debe saber que puede ser arrastrado por el turbio torbellino. Ajaccio a la vista… Tengo ganas ya de pelear de veras, messer. Lo prefiero a las luchas verbales.

—Yo también, Dom. Reúne a los tuyos, y hasta otra… —Y alejábase ya el peregrino, seguido por sus dos lobos, cuando se detuvo un instante, al oír decir al trovador, agitando su meñique: —Mira este arillo de oro. No lo lleva el tigre,

* * *

Truand Lascar y Dom Corpacho sabían ya que Luys Gallardo se diferenciaba de Dago Corsi en que llevaba un cordoncillo de oro en el dedo meñique de la mano izquierda.

Pero esto lo ignoraba Delfín Lechuga, el fachendoso castellano, de mostachos de gato y andares de matachín.

En su búsqueda por Ajaccio, recién desembarcado del paradero de Viviane
d'Aurigny,
la francesa que logró cautivarle, por considerarla compendio de franquezas y encantos logró por fin saber que era muy posible que

se tratara, por la descripción que de ella se hacía, de una dama romana alojada en el «Mesón del Gallo».

No te extrañó a «Siete Vidas» que ahora la aventurera se hiciera pasar por romana.

Sí le extrañó, aunque no en exceso, que al doblar la esquina que al extremo de la gran plaza daba frente al «Mesón del Gallo», viera a su amigo Luys Gallardo, o al menos el que él creía era el trovador.

Pero era Dago Corsi el que yendo en busca de Bárbara Foscari, la calabresa, penetró en la sala pública del mesón.

CAPÍTULO II

COMPINCHES

En una de las habitaciones altas del «Mesón del Gallo» reservadas para viajeros de pago seguro y anticipado, una mujer de rostro apicarado, atractiva y elegante, miraba con los ojos entornados al individuo alto, apuesto y rostro descarado que, sentado en un escabel, ladeaba la cabeza para tender entre los labios un pedazo de fruta a un loro de vistoso plumaje.

El pajarraco mordisqueó el manjar con deleite, sin que por ello abandonara su característica expresión colérica.

—Tenemos que hablar, Bruyant. Y, por excepción, seré sincera. Por desgracia, o afortunadamente, pocas veces me engaño al juzgar a un hombre, y no sólo por tus palabras y ofrecimiento de ayuda a una abandonada, sino por la viril entereza que emana tu persona, te confesaré cosas que muy secretas son.

—Puedes confiar en mí, compinche.

El calificativo hizo respingar a Viviane d'Aurigny, que miró algo resentida a Bruyant Lartiguers, el bandolero gascón.

Éste sonrió, añadiendo:

—Yo sólo llamo compinche a la persona a la cual honro con mi atención amistosa. Lo son mis veinte cuadrilleros, y, antes de que me tributes mis confidencias, piensa que no te las pido. Puedes, pues, callar, y tan amigos.

—Es que… creo que podemos ayudarnos.

—Las mujeres a mí sólo pueden ayudarme de una manera… Con besos y caricias. Pero sé comprender cuándo una dama no está chaladita por mis encantos. Tú tienes una honda preocupación.

—Estoy entre la espada y la pared.

—Aquí tienes un escudo. —Y tocóse el gascón el pecho. —Parece ser que esperas la ocasión de embarcar hacia Roma, en viaje que más parece una huida.

—Lo es.

—¿De quién huyes?

Sentóse ella. El loro se mordió una garra, y graznó:

—¡Vino para un valiente!

El exabrupto produjo en la francesa un relajamiento de tensión nerviosa.

Rió regocijada, y expuso:

—Contigo y tu bicho, hasta las cosas más tétricas me parecen alegremente imposibles.

—¿Qué cosas tétricas?

—El Pulpo.

—Con tomate y ajitos, me encantan. Me dio una magnífica receta una pescadora marsellesa que quedó prendida en la red de mis naturales atractivos.

—El pulpo al cual me refiero es la asociación que, teniendo sede en Génova, maneja y finanza cuantas extrañas revueltas o invasiones tienen lugar en Italia. Cuanto voy a decirte es secretísimo, pero mi situación y algo que antes insinuaste me hacen confiar en ti.

—¿Qué dije?

—Que te interesaría verte ante Dago Corsi.

—Mucho.

—Y tus claros, ojos, que parecen ceniza, se pusieron densos. Expresión del aventurero que olfatea peligro y pelea. ¿Odias a Dago?

—Ni le conozco. Pero… me gustaría echarle la mano encima.

—¿Rivalidad de cuadrillas?

—Acabo de llegar a Ajaccio. Vengo de Génova.

—¿De Génova? Más que nunca creo que vamos a entendernos. Yo también vine de Génova. Me acompañaban once hombres, diez *bravis* y un agente importante de El Pulpo. Fueron exterminados por Dago Corsi, al que tenían por misión capturar y matar, si no lograban convencerlo de que no se opusiera a la invasión que se preparaba.

—Sigue. Me interesas.

—Por dos veces, pudiendo matarme. Dago me perdonó la vida La última vez fue anteayer.

—Lo reputan incapaz de generosidad. Debiste enamorarlo.

—No hubo en sus ojos la menor simpatía… Sí, la primera vez. Es un ser desconcertante. Inquietante…, porque la primera vez que lo vi parecía un risueño arcángel… La segunda, era un diablo exterminador, brusco, inhumano…, aunque me dejó huir.

—¿Y sabía que viniste a matarlo?

—Lo sabía.

—Bien; entonces, ya pasó el peligro. Embarca y pon mucha tierra entre vosotros.

—Es que…, al haber fracasado, vaya donde vaya, El Pulpo me perseguirá, y me darán muerte. Mi vida ya será la de tina acosada, temiendo a las sombras, huyendo del sol, aterrorizada…

—¡Comprendo! Si Dago cae preso…

Ella aproximóse, y sus brazos rodearon las rodillas del gascón.

—Sería tu esclava… Tú puedes ayudarme. Eres valiente, y has venido a luchar con Dago…

Bruyant Lartiguers acarició los sedosos cabellos de la aventurera.

—En pie, hermosa. No quiero más esclavas que las que escojo, y no las que se sacrifican, o se me imponen. Ahora puedo aclararte que la invasión ha empezado, y que a mí me colgaron el encarguito de cazar al Diablo Corso. Me pagan cien mil florines. No me importa decir que me proporcionaste tú los medios de lograrlo.

En pie, impetuosamente, rodeó ella con sus frescos brazos el cuello del gascón, estampando sonoro beso en sus labios.

El loro, asustado, revoloteó, y, abandonando el hombro de su dueño, fue a posarse en la mesa, graznando, irritado:

—¡Al que rechiste, le parto los dientes!

—Gracias, generosa —dijo Bruyant, sonriente—. Lo acepto



—Es misteriosa tu mirada, messer—

como beso de compinche.

—Y así te lo di. Me eres demasiado simpático, Bruyant, para engatusarte con caricias falsas. Mi beso fue fraternal…

—¡Diantres! ¿Qué sucede?

Y el gascón tendió el oído, imitado por el loro, que, ladeando la cabeza erizado el plumaje, también escuchaba.

Abrió Bruyant la puerta. Oíanse excitados comentarios, procedentes de la sala baja:

—¡Cercados los castillos de «Faciatosta»!

—Miles de reitres al mando de «Sans Merci»…

—Dicen que arrasarán la ciudad…

—¿Y qué hace Dago?

—Nadie lo sabe…

Bruyant Lartiguers cerró la puerta. En la ventana, Viviane d'Aurigny
llevóse la diestra al seno alborotado, y musitó:

—¡Él!… ¡Él!…

Acercóse el bandolero, para preguntar:

—¿Quién es «él»?

Se asomó a la ventana para mirar hacia abajo.

—Dago… Defiéndeme, Bruyant… Viene a matarme…

—No, paloma. Vendrá en busca de su amor… Escóndete… Buen tipo tiene el mozo… Pero yo le quito el tipo al más pintado. Escóndete… y espera. ¡Bruyant va en busca de cien mil florines!

* * *

En la sala pública del mesón, los excitados comentarios fueron disgregando a la concurrencia, que, apresurada y prudentemente, partió hacia sus hogares.

Quedó el mesonero solo. Las criadas y mozos también se recluían en sus habitaciones.

Un hombre entró. Era Dago Corsi, el por todos citado y por muy pocos conocido en persona.

Venía desconcertado, esperando los acontecimientos. No podía acudir en ayuda de los sitiados, porque casi todos sus hombres estaban bajo el mando de Luys Gallardo.

Y los razonamientos del hidalgo lunático le habían hecho mella. Luys Gallardo resolvería…

Sentóse en una mesa. No se fijó en que doce hombres fueron entrando sucesivamente, ocupando cercanas posiciones, ocultas las manos bajo la capichuela.

Tenían trazas de juglares. Todos llevaban un capuz rematado por airosa pluma, como Bruyant Lartiguers.

El gascón descendía las escaleras. Miró en ojeada circular y

complacida a sus compinches, preparados a actuar a su voz…

Pero Bruyant era de la raza de los amantes del riesgo, vino especial que embriaga y acelera los latidos de la sangre…

Se adelantó hasta colocarse frente a la mesa ocupad por Dago…

—Hola, amigo —saludó, jovialmente.

Dago Corsi echóse hacia atrás, apoyadas las manos en su cinto, sobre los riñones.

—¿Es a mi quien saludas? —interrogó, áspero—. Te equivocas. Ni te conozco… ni quiero charlas. Ni tampoco necesito calzonetas de juglar. Vete, que no estoy de ánimo para aguantar importunos.

—Soy de pueblo, y forastero, amigo.

Habiendo descendido las escaleras apresuradamente una arrogante mujer de cabello cobrizo y grandes ojos verdes, vestida rústicamente, se interpuso entre los dos bandoleros.

Abrazóse frenética, exclamando:

—¡Viniste, Dago!…

El guiño de Bruyant Lartiguers fue elocuente, así como su rápida acción. Aprovechando la coyuntura de hallarse aprisionado en abrazo Dago Corsi, abatióse él sobre sus dos piernas, mientras todos sus cuadrilleros acudían con lazos.

Todo ocurrió en un instante. Quedó convertido Dago en un prieto amasijo de cuerdas. Centellearon sus ojos, mientras con ira miraba a la inconsciente causante de su indefensa postura.

Bárbara Foscari tuvo que ser reducida por varios cuadrilleros, que lograron, no sin esfuerzo, quitarle el puñal.

Escupió ella vehementes insultos… Bruyant Lartiguers agitó la diestra en ademán conciliatorio.

—A gran señor, gran honor. Muchas dagas llevas, amigo. Tu bella prometida quedará libre, cuando ya no estorbe. Llevadla a su habitación y ponedle mordaza. Amarrad también al mesonero. En cuanto a este buen mozo, trasladadlo arriba. Magnífico día… Cien mil florines.

—¡Ay de ti! —clamó Dago—. Cobarde y vil que a traición atacas…

—Creo que no eres tú precisamente espejo de lealtades. Dago. Mira, no te enojes conmigo. Yo soy un honrado ladrón al que tentaron con una espléndida oferta de cien mil florines por tu piel. Llevadlo arriba, compinches. Con escabel… Alojadlo en la mejor

habitación, que todo se lo merece un hombre que tanto valor tiene en florines.

Poco después, en la habitación donde los cuadrilleros, reunidos todos, mostraban la satisfacción de haber conseguido tan fácilmente lo que se proponían, Bruyant Lartiguers, masticando una manzana, aproximó un escabel y sentóse ante el prisionero.

—Me has defraudado, amigo. Me has desilusionado. Eres un pajarito imprudente. Andar solo siendo tan solicitado y odiado, o es demasiada soberbia, o es idiotez.

Dago Corsi rechinó los dientes. Su rostro era demoníaco. Gruesas gotas de sudor perlaron su frente.

Fue evidente el gran esfuerzo con que logró dominar su ira furiosa e impotente.

Con voz incisiva, expuso:

—Hablaste de cien mil florines. No hay, pues, en tu triunfo motivo personal de odio ni venganza.

—Sólo la vil moneda, Dago.

—¿El Pulpo?

—¡Ajá!

—Dijiste que eras un ladrón honrado. Nunca conocí a tal tipo, pero si lo eres, ¿no prefieres ciento cincuenta mil florines por mi libertad?

—Triquiñuelas, no. Además, siempre preferí pájaro en mano… Ahora, bien envuelto como un fardo de mucho valor, te llevaremos a lancha, y, viento en popa, a cobrar el precio de la caza. Casi me avergüenza, sí, ganar tan buena tajada con tan poco riesgo. Caíste como un pardillo, Dago Corsi. Si tú eres el Diablo, yo soy Belsegor, Belcebú y todos los engendros del Averno personificados en mi guapa figura. ¡Ponedle mordaza! Y cuatro de vosotros a vigilar… Este tipo tiene muchos compinches, y no quiero que me la den también con queso.

Delfín Lechuga, alias «Siete Vidas», iba a entrar en la sala del mesón, cuando vio la rápida maniobra con que los doce cuadrilleros y su jefe aprisionaban a Bárbara Foscari y a Dago Corsi.

Era audaz y gran espadachín, pero sabía que luchar contra trece hombres era un absurdo. Saltó a lomos de un caballo, atado al abrevadero, y a todo galope partió en busca de Filipo Ferrante y «Los Cincuenta de Bastelica».

Mientras, Bruyant Lartiguers contemplaba como varios de sus cuadrilleros amordazaban y afianzaban los cordajes que rodeaban prieta y sólidamente al Diablo Corso.

Uno de ellos canturreó:

—¡Caramba, caramba!

Y el loro, al oír la palabra clave, graznó agudamente:

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda!

—Daos prisa, compinches —apremió Bruyant—. Estoy en ascuas… Se me antoja que hemos ganado demasiado fácilmente el bienestar y la fortuna. Trasladad la mercancía con cuidado, que no se estropee.

—Patrón… —intervino uno de los bandoleros—. ¿Y si le diéramos corte de cuello? Ganaríamos igual y con menos riesgos…

Bruyant Lartiguers sonreía, pero sus claros ojee del color de la ceniza se hicieron densos…

Hizo un extraño salto, y sus dos rodillas chocaron contra el estómago del que acababa de hablar, y a la vez sus dos manos entrelazadas golpearon la nuca del que, forzosamente, con un gemido doloroso, acababa de inclinarse hacia delante.

Cayó el cuadrillero, echando sangre por oídos, boca y narices…

—Muchacho, muchacho… —reconvino con tono amable al que, en el suelo, trataba de recuperar los sentidos—. No hay que confundir, ni tener demasiada avidez. No soy un asesino yo… Ni sé pegarle un chinazo a un pájaro sentado. Yo soy un ladrón decente. Id a buscar un mulo con alforjas y esconded la carga, llevándola al puerto. Echad ojo a buena chalupa velera, y abandonaremos la isla. Y que se las compongan Von Merck y los demás, yo ya he terminado mi faena. ¡Presto, compinches, antes que haya quema! Muy fácil nos ha resultado esto, y desconfío de los obsequios.

CAPÍTULO III

DOS ANTIGUOS AMIGOS

Las tres galeotas recalaron en el ancho muelle de Ajaccio. Fueron descendiendo en cuatro grupos los componentes de las fuerzas acaudilladas por Luys Gallardo.

El grupo de ballesteros mandado por Dom Corpacho; la cuadrilla de Vincenzo Fedele; los liberados al mando de Stronck Goldstein, y los marinos bretones de Truand Lascar.

El trovador ya había madurado su plan.

—Vos, capitán Lascar, permaneced aquí, porque sois de mar, y dicen los entendidos que una fuerza combativa necesita el apoyo de naves. ¿Tenéis algo que objetar?

—Vos mandáis, messer. ¿Puedo sugerir una idea?

—Las ideas son siempre bien acogidas cuando parten de cerebro como el vuestro, capitán.

—Los invasores forzosamente han tenido que emplear naves, que les aguardarán en algún lugar.

Ojead que una de las galeotas quede aquí en espera vuestra al mando de mi segundo Le Quimper, y con las otras dos iré a explorar. Si hundo la retaguardia, corto la retirada, mientras vos hostigáis.

—Acepto.

Partió Truand Lascar, mientras, siguiendo a Luys Gallardo, los tres grupos restantes avanzaban por las callejuelas portuarias.

Tomaron un atajo que conducía al exterior, y poco después, internados ya en el bosque, hizo alto Luys Gallardo.

Señaló a Vincenzo Fedele, que acudió presuroso, con todas las muestras de un temeroso respeto.

Adoptó el trovador el lenguaje de su suplantado:

—Te he elegido porque eres patriota y vales, Vincenzo. Pero ¡ay de ti y mala peste te pudra si no cumples!

—Amo a Córcega tanto casi como tú, messer. Obedeceré gustoso, y mis hombres sabrán morir.

—Lo que quiero es que sepan hostigar. Las fuerzas que rodean el castillo de Montemar son muy superiores. Hay que emplear el zumbido irritante del mosquito, pero picando a la par. Ya lo empleaste en otra ocasión, cuando la anterior intentona.

—Lluvia de flechas, nube de guijarros con honda, y huir. Renovar el ataque dos horas después, desde distinto lugar.

—Eso es, Vincenzo. A tu cargo queda la tarea de hostigar el ala oeste de los sitiadores. Te precias de buen pícaro, como todos nosotros, ¿no?

El pálido y sombrío Fedele esbozó una sonrisa de contento ante lo que estimaba un gran honor: ser tildado de pícaro, con cordialidad, por el Diablo Corso.

—Sí, messer.

—Entonces, que ningún mosquito caiga. Vete.

A paso ligero marchó la cuadrilla de Vincenzo Fedele.

Dom Corpacho avanzó a la señal de Luys Gallardo.

—¿Oíste, Dom?

—Buenos mosquitos. Pero yo soy jabalí, y jabalíes los por mí elegidos. Como el capitán Lascar, ¿me es lícito sugerir?

—Tienes tú mucho talento, gallego, para que desperdicie yo la ocasión de aprovecharlo.

—El ardid de los carneros.

—Instrúyeme.

—Rapiño una manada de carneros, les colocamos entre los cuernos buena carga de leña seca sarmentosa, los conducimos pastoreando hasta el punto más cercano al lugar que me indiques, y, encendiendo los haces, los seguimos aguijoneando, azuzándolos contra las filas de sitiadores. Siembran mucho desconcierto y causan más daño de lo imaginable. Por la noche, es la hora más oportuna.

—Aprobado. Queda a tu cargo el hostigar el ala este…, y acuérdate de esto.

Mostró el trovador su dedo meñique, y el gallego rió campechano. Apoyándose en su grueso bastón de remate con púas erizadas, y seguido por los dos lobos, marchóse, encabezando a los

Hermanos Corsos, que, como él, vestían sayal de peregrino.

Stronck Goldstein, cuadrándose marcialmente, por instinto, alzó la cabeza al ser llamado por Luys Gallardo.

—Te eligió el capitán Lascar, y es la mejor recomendación; pero tienes que demostrar lo que vales, Stronck. Hoy te necesito, y, si cumples, libertad tendrás. ¿Te llamas Goldstein?

—Sí, señor.

—Me suena el apellido.

—Tengo una hermana, llamada Beatriz, que, con su séquito o al mando de Ulrico Wolemburg, acudió a esta isla para rescatarme. Me quería mucho, y ya que nada he sabido de ella, piensa que debió fracasar. ¿La conocisteis, señor?

—Oí hablar de su hermosura —mintió el trovador.

—La encontraré cuando cumpla con mi deber.

—¿Cuál es tu deber?

—Ganarme el rescate, obedeciendo vuestras órdenes.

—Quien sitia el castillo de Montemar es un condotiero teutón llamado «Sans Merci».

—Gran guerrero. El mejor —ponderó, con inconsciente orgullo, el tudesco—. Sus campañas en Francia le hicieron respetar de sus propios enemigos.

—Entonces…, quizá no quieras, luchar contra un compatriota tuyo.

—Es la guerra, señor. Yo tengo que ganarme d rescate —dijo, con decidida terquedad, Stronck Goldstein.

—Los que mandas suman unos treinta, a lo más. ¿Qué puedes hacer con ellos?

—«Sans Merci» tiene que conocer mi ilustre nombre. Yo, salvo vuestra mejor opinión, no debería hostigar. Podría intentar lo que sería clave de triunfo.

—¿Que es…?

—Nuestra raza es combativa y disciplinada, señor Pero necesita un jefe, y, sin él, pierde sus cualidades. Si consiguiera matar a «Sans Merci», sus reitres, sin mando, perderían el valor. No conozco esta tierra. Conducidme a las cercanías del castillo, y hallaré manera de ser recibido por «Sans Merci».

—Yo soy vivo de imaginación, Stronck… Puede ser que ante tu compatriota prefieras…

—¡No! Doy una palabra, y la cumplo, señor. No soy un voluble y alegre italiano, sino un teutón.

—Bien. Vamos, pues, hacia el castillo de Monte, mar. Ya vendrá allá el refuerzo de la caballería de Filipo Ferrante, que sabrá nuestro paradero gracias al bretón.

* * *

Filipo Ferrante seguía realizando su misión de recoger diezmos entre los adinerados. Pero a instantes tomaba un merecido descanso, dedicándose a la grata contemplación de su novia Zoraida Rovizo, la bella «Salomé».

Rubén Rovizo, el judío maquiavélico, aceptaba ya sin repulsa la idea de ser el suegro de un capitán condotiero, que le había librado de pagar diezmos.

Fue en casa de los Rovizo donde Delfín Lechuga halló a Filipo Ferrante.

—Lamento interrumpir tan agradable coloquio, Filipo. Urge que vengáis. Nuestro jefe corre peligro.

Apresuradamente Filipo Ferrante abandonó el recoleto jardín para cabalgar junto al castellano.

Por el camino fueron reuniéndose los restantes jinetes, y a todo galope dirigiéronse al «Mesón del Gallo», circundándolo en doble hilera.

Apeáronse Filipo y Delfín, que, espada en mano y con cautela, fueron explorando el interior.

Hallaron tan sólo a asustados criados y al mesonero. En la sala alta, dos mujeres: Bárbara Foscari, atada, y Viviane d’Aurigny, libre.

Delfín Lechuga envainó, porque veía el temor obscurecer las bellas pupilas de la aventurera.

—¿No visteis, señora, a mi jefe?

—Cayó preso. Se lo han llevado.

—¿A dónde?

—Lo ignoro. Partieron hacia allá.

Y desde el balcón señaló ella el punto opuesto a donde Bruyant y sus cuadrilleros, llevando en alforja a Dago Corsi, habíanse encaminado.

—Id. Filipo —apremió Delfín Lechuga—. Recorred los alrededores.

Desapareció el joven, a quien siguió Bárbara Foscari, que había sido librada de ligaduras.

Viviane d'Aurigny tenía en exceso desarrollado d instinto femenino de adivinar cuándo un hombre sentía atracción hacia ella.

El castellano era agradable…

—¿Qué hacíais vos aquí, señora?

—Esperar nave para embarcar.

—¿No… habréis intervenido, quizá, en la captura de mi jefe?

—¡Os juro que no! Desistí de ello… fue un bandolero gascón el que, con su gente y por motivos que ignoro, llevóle preso a Hago.

—Espero que Filipo sabrá bailarlo, y mal veo al gascón. Dueños somos de la casa… Tengo apetito y sed. ¿Almorzamos?

—Muy a gusto. Delfín. Me place vuestra compañía después de los trances por los que he pasado.

Media hora después, el castellano extasiado, había olvidado, no ya a Luys Gallardo y Filipo Ferrante, sino hasta dónde se encontraba.

El gracejo y la coquetería sabia de la francesa le tenían arrobado. Y segura de su triunfo, libro de temores. Viviane d'Aurigny resultó la más deliciosa compañera de almuerzo que pudiera soñar un hombre.

* * *



—Pisa con cuidado, penco, llevas carga que vale un tesoro.

Bruyant Lartiguers hostigaba con el extremo de una varilla de junco, rematada por su puñal, las ancas del mulo robado que transportaba en gran alforja a Dago Corsi.

—Pisa con cuidado, penco —iba diciendo—. Llevas carga que vale un tesoro.

Parecía ir solo. Sus compinches, distribuidos hábilmente,

semejaban transeúntes que entre sí se desconocieran.

Desembocaron en el muelle…

—¡Cáspita! ¡Qué hermosas galeotas! —exclamó Bruyant—. Y se preparan a levar ancla… Sería demasiada suelte que fueran hacia el Norte. Hoy los dioses me han sido demasiado favorables ya, y decía mi abuelo que cuando los dioses quieren perder a algún mortal, empiezan por obsequiarlo, adormilando su voluntad.

A medida que se aproxímala, entornó más los párpados, concentrando la mirada en un hombre que obre el puente de popa daba órdenes a la tripulación de una de las galeotas.

—¡Me como el mulo, si no es Truand Lascar el que allá está, vivito y coleando! ¡Compinche! —llamó, acudiendo el que más cerca de él estaba—. Cuida del penco, y aguardad aquí.

Corrió hacia delante, hasta saltar elásticamente, atravesando la pasarela que unía la galeota capitana con el muelle.

Truand Lascar disponíase a ordenar que fuera expulsado el intruso, cuando torció la boca en mueca divertida.

—¡Pero si es el único, el gran Bruyant!

—¡Bruyant te saluda, gran corsario! —Y el gascón arrojóse en brazos del bretón. —Lo que son las cosas— iba diciendo, a medida que entre ambos intercambiaban sonoras palmadas en los hombros —. Me dijeron que habías logrado escapar a las horcas de nuestro buen rey, pero que habías muerto combatiendo al turco. ¿No es verdad? ¿Estás vivo?

Habíanse conocido en extrañas circunstancias, tres años antes. Bruyant atacó una comitiva para saquearla. Iban varias damas y tres caballeros. Uno de ellos era el corsario Lascar.

El ataque, por inesperado, no permitió defensa. Bruyant vació las bolsas de los hombres y tranquilizó a las mujeres, afirmando que él no gustaba de asustar a Eva.

Truand Lascar dijo quién era, y el gascón, riendo, le devolvió bolsa y espada, diciendo:

—De corsario a ladrón, si es como yo, y como tú, poca diferencia hay. No quiero los cien años de perdón. ¿Son tus amigos estos hombres?

—Compañeros de ruta, pero son buena gente. Ni cortesanos ni mercaderes, sino ilustres profesores de la Sorbona, con sus esposas e hijas.

—¿Gente de letras? Bastante castigo tienen con haber elegido profesión tan atosigante. A mí, personalmente, la letra me marea. Tomad, compinches, vuestras bolsas. Desamarradlos. Son amigos.

Siguieron ruta los extrañados viajeros, que de despojados pasaban a ser escoltados por los propios salteadores, porque, según decía Bruyant, «aquellos caminos estaban infestados de ladrones sin decencia»…

Y Truand Lascar tomó afecto al original bandolero.

Cesaron de abrazarse. El gascón, preguntó:

—¿Vas hacia el Norte?

—Sí.

—¿Me das pasaje?

—Seguramente habrás hecho alguna barrabasada. Te desembarcaré lejos de Ajaccio.

—Me basta. Necesito poner distancia entre mi hermoso cuerpo jacarandoso y esta ciudad. ¡Eh, compinches! ¡Arriba! El capitán Truand Lascar nos da pasaje.

—¿Viajas con mulo ahora?

—Ya te contaré, porque pareces tener prisa… ¿Has vaciado los cofres de las autoridades?

—No tuve tiempo.

Dedicóse el bretón a ordenar el resto de la maniobra. La otra galeota zarpó tras la suya a fuerza de remos, mientras las velas iban tensándose.

—Vaya… ¿Tienes esclavos de remo?

—Son bazofia. Canallas sin hombría. Me alegra verte, Bruyant.

—Y a mí. Saluda, «Coclicó». Tiende la garra.

—¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra! —graznó el pajarraco.

Rió el capitán corsario. Vio como los cuadrilleros descargaban de lomos del molo la pesada alforja, colocándola tendida encima de unos cordajes.

—¿Botín?

—Cien mil florines.

—¡*Tonnerre et misere*! —exclamó Lascar—. Has hecho, pues, fortuna. ¿Oro en lingotes?

—Mejor aún. Pero es larga historia. Dame un trago, y te explicaré.

Ambos dirigiéronse a la cámara principal, y sentáronse a cada lado de la mesa.

—Figúrate, capitán, que las cosas se me pusieron feas en nuestra bella Francia. Asqueado ante la injusticia, decidí largarme y atravesé los Alpes, metiéndome en Génova. Perdía el tiempo, cuando me mandó llamar un tal Barnabó Lieto… Oye: ¿has oído hablar de Dago Corsi?

Cerró súbitamente los ojos el bretón. Quería velar el destello de sus pupilas.

—Oí… ¿Quién no? ¿Por qué?

—Me ofrecieren cien mil florines para cazarlo… Abre los ojos, compinche. ¿Te mareó el vino o el saber que soy un tipo rico?

Abrió los ojos, Lascar… Fingió indiferencia.

—¿Cómo lo cazaste?

—Demasiado fácilmente. Me están saliendo las cosas demasiado bien, y mi abuelo decía… ¿Eh?… ¿Qué pasa, compinche?

Truand Lascar, en pie, hizo una mueca expresiva.

—No sé lo que decía tu abuelo, Bruyant, pero me temo que te desagradará lo que voy a hacer.

—Me parce que sí… —dijo d gascón, retrocediendo.

El loro revoloteó, posándose en una lucarna, y graznando:

—¡Gascón, gascón, ahueca, que hay quema!

—Tarde piaste —sonrió Bruyant—. Cuidado, Lascar… Huelo que te propones algo raro… ¿Los cien mil florines?…

—No me ofendas, Bruyant —replicó Lascar, siguiendo avanzando.

Y, de pronto, ambos se acometieron. Las rodillas del gascón chocaron contra el estómago del corsario, mientras la cabeza de éste asestaba rudo golpe en la frente del bandolero.

Ambos vacilaron… Nublóse la vista del bandolero, que cayó hacia atrás, sentado.

Frotándose el estómago, avanzó Lascar. Desde el suelo, alzó semiinconsciente el gascón sus piel y desenvainó el puñal…

Abatióse encima suyo Lascar, que de nuevo asestó otro cabezazo. Pero Bruyant, ames de quedar desvanecido, pudo golpear con su puño la sien del corsario.

Quedaron los dos sin sentido…

El loro, agitándose en paseo lateral sobre el borde de la lucarna,

mascullaba:

—¡Al que rechiste le parto los dientes!

Recobróse primero Truand Lascar. Incorporóse a medias, y, asiendo un jarro de encima de la mesa, volcó su contenido sobre la frente y rostro de Bruyant.

Sacudió la cabeza el gascón, mientras el corsario, con las cordezuelas que colgaban a un lado del cinto del bandolero, le ataba tobillos y muñecas.

—¿Duele, Bruyant?

—Cerdo… —murmuró el gascón—. Nunca te supuse capaz de esto…

—No es lo que supones, Bruyant… Es que debe la vida y la libertad a Dago Corsi… ¡y estoy a su servicio!

—Vaya… Sabio era mi abuelo… Desconfía, me decía, de las cosas que a poco riesgo obtengas… ¡Adiós mis cien mil florines!

—No me guardes rencor, Bruyant. Yo le prometí lealtad a Dago…

—¿Tú? ¿Lealtad a un criminal?

—Es… un asunto extraño, Bruyant. Sólo podrá explicártelo, si quiere, el propio interesado.

—¿Por qué me tienes amarrado?

—Probarías otra vez suerte, y no quiero que salgas vencedor o mal parado. Créeme, Bruyant. Por poco que pueda, tendrás, si no cien mil, algunos miles de florines.

Salió el bretón, aplicadas las manos, respectivamente, en la sien y el estómago.

En cubierta, los veinte cuadrilleros no se apartaban de junto a la alforja.

En dialecto armoricano, Truand Lascar, mientras pasaba por entre sus hombres, advirtió:

—Las redes. Lanzadlas desde lo alto. Aprisionadme a todos éstos sin hacerles daño inútilmente. Llevadlos a la cala, y amarradles a las argollas.

Los bretones treparen ágilmente por los palos. De pronto, a la señal de Lascar, abatieron las anchas y pesadas redes.

Diez minutos después, Truand Lascar, despejada ya la cubierta, aupó sobre su hombro, con titánico escorzo de cintura, la alforja.

La depositó en el interior de la cámara, donde, sentado en el

suelo, Bruyant aceptaba filosóficamente los cariñosos picoteos de su loro.

Abrió Lascar la alforja. Separó la mordaza que rodeaba la boca de Dago Corsi, e iba a quitarle las ligaduras, cuando, dé pronto, empezó a reír inconteniblemente.

El dedo meñique del prisionero estaba desnudo. No había el aro de oro contraseña de la personalidad de Luys Gallardo.

—Magnífico, Bruyant. Creo que ganarás tus cien mil florines. Has prestado, sin saberlo, un gran servicio a mi jefe.

—Házselo comprender, porque, del modo que me mira, me parece que, si no me das escape, me degüella.

—Es que… —Y rió a mandíbula batiente el bretón— ¡éste no es Dago Corsi!

—¿Cómo, que no? Me lo garantizaron legítimo y sin merma.

—Paciencia, Bruyant. Lo siento, pero irás a hacer compañía a tus compinches, y, cuando llegue mí jefe, entonces seguramente verás que no has salido perdiendo.

Dos marineros entraron para llevarse al gascón.

Dago Corsi miró ceñudo a Truand Lascar. Éste le hizo un saludo.

—Lamento comunicarte, messer, que hasta que no decida otra cosa mi personal amigo y jefe el trovador español, eres mi prisionero. Y tu suerte está en sus manos.

Dago Corsi pareció aplacarse. Casi con alivio, murmuró:

—¿Dónde está mi… doble?

—Tratando de hostigar las fuerzas que sitian el castillo de Montemar. Y lo logrará, porque vale mucho.

—¿Quién eres tú?

—Truand Lascar, capitán corsario, al servicio de Dago Corsi…, el otro, el generoso y caballero.

—Préstame, pues, un servicio. Coloca almohada bajo mi cabeza. —Y la voz y el rostro del Diablo Corso expresaban un humor inesperado. —Yo sé que me entenderé con mi… mellizo. Mientras, cuidate bien, y te lo tendré en cuenta.

Truand Lascar colocó cojines bajo la nuca del Diablo Corso. Y éste, ironizó:

—Gran nube de picaros se ha abatido sobre Córcega, y enredada está la madeja. Pero ahora me place estar aquí. Pronto amanecerá, y entre Luys…, entre el trovador y yo desenredaremos esta madeja.

CAPÍTULO IV

ALREDEDOR DEL CASTILLO

Los reitres que componían la disciplinada mesnada de «Sans Merci», el condotiero de la armadura de bronce rutilante y el casco enrejado que apenas dejaba entrever borrosos rasgos faciales, velando también la voz, acampaban en el linde del valle de Farnedo, donde el bosque terminaba, cediendo terreno a la explanada que rodeaba el castillo de Montemar.

Formaban un cerco inexpugnable para la pequeña guarnición sitiada. A unas dos leguas, sentado en peñasco, un hombre rechoncho, carirredondo, parecía angustiado.

Miraba en rededor, como buscando alguien o temiendo algo. Bembo, el piamontés, sufría verdaderos sobresaltos.

Tenía que permanecer allí, porque no dudaba que aparecería su amo, Luys Gallardo. Pero ¿y si el que aparecía era Dago Corsi?

Poseedor de un secreto, refocilábase para darse ánimos, pensando en la satisfacción con que Luys Gallardo le felicitaría… por su bravura al conseguir escapar del Peñón del Chiflado.

El peñasco le permitía ver sin ser visto, a gran distancia. Sus ojillos se agudizaron, pretendiendo adivinar la personalidad de los que cautelosamente, tensas las ballestas al hombro y colgantes las hondas, avanzaban por entre setos y matorrales, dando un rodeo hacia el Oeste, en dirección al castillo sitiado.

Los vio empequeñecerse al ir flanqueando por entre árboles y brezales el ala izquierda de los sitiadores.

Vincenzo Fedele había decidido hostigar cuando alguno de los grupos iniciara un ataque. Mantuvo a sus bandoleros agazapados a la expectativa.

Bembo adquirió la mayor semblanza con una luna contenta

cuando reconoció fácilmente la personalidad del que, seguido por sus dos lobos, también cautelosamente hizo acto de presencia, cercano ya el atardecer.

Perplejo quedóse el piamontés al ver que, tras Dom Corpacho, como pastor principal, una manada de carneros de copiosa cornamenta abultada debido al haz de leña, era pastoreada por el resto de los peregrinos, que, valiéndose de largos palos, los mantenían en prieto rebaño.

Pero lo que le hizo saltar alborozado, con repentina agilidad, fue el percibir la silueta del trovador, terciado al hombro su laúd de plata.

Abalanzóse… y también súbitamente se quedó inmóvil. ¿Era su amo o era el Diablo Corso?

Algo indefinible, una tenue diferenciación quizá anidada en la sonrisa o en el brillo de los ojos del que se acercaba seguido por Stronck Goldstein y los cautivos liberados, hizo que Bembo, abriendo los brazos y corriendo como un pato que anadea en busca de la materna oca, se lanzara al encuentro de Luys Gallardo.

Éste lo divisó desde lejos, y apremió:

—Podéis partir, Stronck. Probad suerte y buena os la deseo.

Cuando, jadeante, resoplando, iluminado el semblante, apareció Bembo, Luys Gallardo cruzó los brazos, frunció el ceño…, y el piamontés retrocedió, abierta la boca y presto a emprender veloz carrera de huida.

—¡Mala peste te pudra, malandrín! ¿Dó te metiste, borrego?

—¡Eres tú! ¡Sí, mi amo! ¡Por fin! —Y con sollozos de alegría, disipados sus temores, Bembo reía infantilmente.

Su fidelidad de perro paciente, y el valor que demostraba al sobreponerse al miedo, le granjeaban el afecto del trovador.

Pero siguió éste fingiendo enojo:

—¿No te dejé en la gruta, al frente de los piojos? ¿Así cumples mis mandatos, bellaco?

Miró en rededor el piamontés, llevándose un grueso índice a los labios.

—Algo de miedo, mi amo… Nadie nos oye… ¡Dago Corsi está vivo!… Vino una noche a buscarme con los otros… Yo creí que eras tú… y me fui con él… sin saber que era él…, pensando que eras tú…

Explicó lo que había oído conversar entre el hidalgo que monologueaba con la luna, y Dago Corsi.

—Brava hazaña. Bembo —felicitó el trovador, brillantes los ojos y risueño el gesto—. Ríete del Cid, que tu gesta supera sus valerosas acciones. Porque él era un valiente…

—… yo pasé un miedo feroz, mi amo —quejóse el escudero—. ¿Estás contento de mí?

—Más de lo que te figuras, gordinflón. Hora era ya de que se disipara el misterio, que hastiado estoy de este juego. Cuando termine con este asunto —y señaló el lejano castillo—, iremos al peñón.

—¿Eh? ¿Allá, mi amo? Está poblado de fantasmas y fantasmonas… Yo, pues, te aseguro que más vale dejarlo… Vámonos a otra isla, donde vuelvas a ser tú el galante aventurero, y…

—Cierra el pico, escudero. Quisiste servirme, y servido vas. Queda aquí, que no tardará en empezar la escaramuza de los mosquitos contra los leones.

—Voy contigo, mi amo.

—Vivo te quiero, porque me has de conducir al peñón. Tienes los ojos enrojecidos…

—Hace muchas horas que no pego el ojo, mi amo…

—Pues duerme, que ya te despertaré… Y mira este dedo; ¿ves el arete de oro? Lo llevo yo… pero no el otro. Duerme, que bien merecido tienes el descanso, valentón.

—Yo soy tu escudero, mi amo.

—Mi intención es aprovechar el zumbar de los mosquitos, para conseguir llegar al castillo. Me estorbarías, Duerme y calla.

Tumbóse el piamontés, mirando alejarse a su ídolo. No tardó en roncar boca abajo entre matorrales…

* * *

Erika Von Merck, la hija del fenecido conde condotiero, ocultaba su femenina belleza de Brunilda germana bajo la armadura de bronce y el casco enrejado herencia de su padre.

Había concedido un plazo de veinticuatro horas a la guarnición de Montemar para rendirse. Plazo que expiraba a la medianoche.

En su tienda, emplazada a retaguardia del centro del círculo de

reitres que rodeaba por el bosque la explanada del castillo, sus pensamientos plasmaron la apuesta gallardía de Bruyant Lartiguers, el vulgar salteador de caminos.

Había sido el primer hombre que hiciera palpitar su corazón con otra sensación muy distinta a la febril excitación de los combates.

Un reitre apareció en el umbral, chocando los tacones de sus botas.

—Un hombre que dice llamarse Stronck Goldstein pide ser recibido. *Mynheer*. Lo hemos desarmado. Treinta que iban con él están esperando en un al ozono, vigilados por nosotros.

El gesto de Erika Von Merck indicó aquiescencia.

Poco después, el teutón, que había decidido intentar la difícil artimaña de atraer a emboscada a quien llevaba en el pecho de la armadura un peto de plata con las palabras «Sans Merci», entró en la tienda.

Con la espada desenvainada tendida rectamente ante ella, Erika Von Merck detuvo al que, apenas entró, vióse inmovilizado por el agudo pinchazo de la punta del acero.

—¿Qué os trae aquí, príncipe Goldstein?

—Logré evadirme de galeota turca, Von Merck. Me acompañan otros compañeros evadidos. Supe que atacabais el castillo, y he venido a ofreceros mis servicios.

—Me bastan con mis reitres, príncipe Goldstein. Podéis iros, y aceptad mis condolencias por la muerte de vuestra hermana.

—¿Cómo… cómo decís?… —rugió Stronck Goldstein, tambaleándose, como si acabara de recibir un mazazo.

—¿No lo sabíais? Uno de mis reitres se enteró. Vuestra hermana tuvo marido en noble italiano. Ha muerto… Unos dicen que estrangulada por Dago Corsi… Otros aseguran que el Diablo Corso la hizo ajusticiar por el marido, que también murió.

—¿Dago Corsi?… Él fue… quien me envió aquí. Matadme, si queréis, conde. Murió mi hermana y todo me es indiferente. Me envió porque le sugerí que…, privados de vuestro mando, los reitres… Matadme…

—Todo no os es indiferente, príncipe Goldstein. Vengad a vuestra hermana. Partid y traedme, vivo o muerto, a Dago Corsi. Os prometo recompensa crecida, y puesto en mis filas.

Vaciló unos instantes el teutón. Pasóse la diestra por el rostro, y,

al fin, saludando marcialmente, abandonó la tienda.

Erika Von Merck llamó a uno de sus escuderos.

—Reunid eren hombres y dirigios a Ajaccio. La guarnición no se rendirá. Visitad a Bruno Sarto, y él os dirá dónde recogeréis las catapultas y las torres de asalto que nos entrega. Habéis de estar de vuelta con los artefactos antes de la medianoche. Tendréis guía que os llevará por el camino abierto que hasta aquí permitirá el paso de los artefactos. Partid.

* * *

—¡Ya!

La estentórea palabra, lanzada por Dom Corpacho, produjo una profusión de chispas arrancadas del pedernal por el eslabón, encendiendo la yesca.

Los carneros se agitaron, entrechocando. Unos peregrinos los mantenían apiñados, golpeándolos con los palos.

Otros iban aplicando el fuego a los haces de leña entre los cuernos. Con griterío destinado a aumentar la velocidad de los asustados animales, los peregrinos, preparadas ballestas y hondas, corrieron tras la manada, que con la carrera aumentaba el fuego que portaba.

Alguna llama prendió en arbustos, y la maleza empezó a enrojecer, despidiendo humo…

Los reitres, atacados por la espalda, abrieron brecha amplia, ante el aluvión de seres que por unos instantes les parecieron creaciones diabólicas.

Las ballestas y las hondas entraron en acción.

Al otro extremo. Vincenzo Fedele lanzó la voz de ataque. Los hostigadores sembraron un breve pero eficaz pánico en los reitres, acostumbrados a combatir en lid abierta de fuerza contra fuerza.

Caían heridos de muerte antes de saber siquiera de dónde procedía el ataque. Las llamas propagáronse…

Por una de las brechas, lanzado a todo galope en montura que arrebató a un reitre que malherido pendía del arzón, para luego caer brazos en cruz. Luys Gallardo atravesó la explanada…

La obscuridad de la naciente noche se poblaba de gritos, imprecaciones, balidos… Chisporroteaban las llamas…

Acudían reitres a sofocar los principios de incendio, segando los

matorrales.

Buscaban en vano el enemigo. Los mosquitos habían picado, y replegábanse ya sin ninguna baja, lejos del teatro del breve hostigamiento.

Los carneros, desprendidos ya de sus chamuscadas cornamentas los troncos ardientes, caían algunos abrasados, mientras otros huían enloquecidos…

Desde lo alto de las almenas del castillo, un arquero iba a disparar su largo venablo contra el jinete que aproximábase al puente levadizo, cuando la imperiosa voz de Giovan Fierro gritó:

—¡Alzad! ¡Dad paso a messer Corsi!

Erika Von Merck, a caballo, recorrió las filas ya de nuevo compactas y cerradas, aunque con menos abundancia, de los reitres.

Su presencia vigorizó el espíritu de los que no estaban acostumbrados a aquel peculiar modo de combatir.

Y tuvo que repetir constantemente:

—No es acción del Diablo. Fueron carneros con haces en llamas, y pocos son los que hostigan. Formad espaldera.

La doble hilera obedecía, y dándose espalda con espalda, unos vigilaban los muros del castillo y otros el bosque.

Impaciente, regresó «Sans Merci» a su tienda. Deseaba ya tener en su poder los ingeniosos artefactos que Bruno Sarto, «El Espléndido», el ambicioso corso que deseaba ser gobernador de Ajaccio, había puesto a disposición de los invasores.

Chirrió el puente levadizo, pero apenas descendió porque, obligando a su montura a encabritarse, Luys Gallardo la hizo saltar al interior y deslizarse por la rampa en descenso del puente, que volvió a izarse.

Descabalgó de un salto, alegremente satisfecho. Veía que ningún daño habían sufrido las dos damas de Montemar, que en lo alto del primer rellano del patio de armas ondeaban sus pañuelos, bajo la luz de las antorchas.

CAPÍTULO V

UNA BUENA INVERSIÓN

Era enorme la muchedumbre que, aglomerada ante el palacio de la suprema autoridad de Ajaccio, pedía ser apaciguada.

El Podestá, Giordano Stefano, era hombre amable, egoísta y sin escrúpulos. Dominaba el arte de persuadir a los demás, teniendo por único convencimiento y arraigo el medro personal.

Cuando apareció en lo alto del balcón, su presencia fue acogida con respetuoso silencio.

Tras él, su cómplice en traición, aparentemente también otro gran patriota, escuchó íntimamente regocijado el elocuente discurso del Podestá.

—Pueblo de Ajaccio: grave es el momento, pero no debemos desesperar. Mis soldados protegen vuestras vidas y haciendas. Las fuerzas invasoras sitian el castillo de Montemar y del Duino, pero confiamos en que Dago Corsi y sus aguerridas huestes consigan levantar el cerco. Regresad a vuestras casas y no dificultéis mi misión. Dejad libres las calles, por donde mis soldados patrullan. Yo sabré cumplir con mi deber, y esto os pido, ciudadanos. Cumplid con vuestros deberes. Retiraos en buen orden, y confiad en mí.

Retiráronse los crédulos ajaccienses. El Podestá permaneció en el balcón hasta que la plaza quedó desierta.

Penetró en la sala y acogió con ademán de burlona modestia el saludo irónico de Bruno Sarto.

—Mis plácemes, Excelencia. Los ajaccienses acogerán como mal menor vuestra rendición al invasor, cuando éste haya aplastado al insensato Diablo Corso.

—No hay mejor inversión que la de gobernar sabiamente. Soy, a mi modo, tan excelente patriota como vos, y, sin duda alguna,

infinitamente más preclaro que Dago Corsi. ¿Para qué resistir en inútil esfuerzo imposible? La República de Génova es fuerte y poderosa. Nos civilizará.

—Hablando de buena inversión, vos que todo lo sabéis, ¿estáis enterado de la secreta labor que han desempeñado muchos artesanos venidos de Florencia, y que se alojan en aparentes graneros del campo?

—Algo barrunté, pero preferí que vos me explicarais a qué se dedican estos agricultores que ni siembran ni cosechan.

—¿Oísteis hablar de un visionario llamado Leonardo da Vinci?

—Un loco de volcánica imaginación, que creo pinta discretamente y esculpe mejor. Dicen que tiene el afán de demostrar que inventa máquinas maravillosas.

—En mi estancia en Milán, tuve el honor de ser huésped de Ludovico María Sforza. Un día éste me mostró, en son de chanza, una carta que del tal da Vinci había recibido. Original, propia de un visionario.

—Sería curiosa.

—Tan curiosa, que procuré, y lo conseguí, sacar copia. Hela aquí, y leedla, os distraerá del agobio de vuestra responsabilidad, que tan valientemente soportáis.

—No hago más que imitaros, Excelencia.

—Aún no soy gobernador, y vos sí sois Podestá, Excelencia.

Giordano Stefano desdobló el recio pergamino en que, con letra de amanuense, aparecía una copia exacta de lo escrito años antes por el genial Leonardo da Vinci.

«Carta dirigida a Ludovico María Sforza, señor de Milán.

»Habiendo, mi Señor Ilustrísimo, visto y considerado con detenimiento las pruebas de todos aquellos que como maestros y compositores de bélicos instrumentos se reputan y que la invención y operación de dichos instrumentos en nada se aparta de la corriente, me esforzaré, sin remover a ninguno por hacerme entender de vuestra Excelencia y ofrecerme a vuestro placer en tiempo oportuno; que capaz soy de llevar a cabo todas las siguientes cosas que brevemente anoto:

»Sé construir puentes ligerísimos y fuertes, aptos para ser llevados facilísimamente, y con ellos seguir y a veces huir de los enemigos; y otros de fuego y batalla, fáciles y cómodos de levantar y poner; y sé la manera de quemar y deshacer los de los enemigos.

»Sé, en una tierra obsidional, quitar el agua de los fosos y hacer infinitos puentes, gatos y escalas y otros instrumentos pertenecientes a dicha expedición.

»Item si por la altura de los parapetos o por la fortaleza del lugar y sitio no pudiesen las bombardas hacer su oficio en el asedio, conozco el medio de destruir todo, o roca o fortaleza, si no está fundada sobre piedra.

»Tengo modelos de bombardas comodísimas y fáciles de llevar, y con ellas se pueden arrojar piedrecillas menudas, a semejanza casi de una tempestad; y con el humo de ellas dar un gran susto a los enemigos, con grave daño suyo y confusión.

»Lena sé la manera de hacer vías estrechas y subterráneas, sin producir ruido, aunque fuese preciso pasar bajo fosos o ríos.

»Item haré carros cubiertos, seguros e Inatacables, los cuales, entrando en medio de los enemigos, con su artillería, no hay multitud grande de gentes de armas que no dispersen.

»Y tras de ellos puede ir la infantería sin grandes riesgos ni impedimento alguno.

»Para donde las bombardas no puedan hacer su oficio, construiré catapultas, trabucos y otras máquinas de admirable eficacia y no conocidas, y, en suma, según la ansiedad de los casos, inventaré varias e infinitas cosas para ofender y defender.

»Y cuando de estar en el mar se trate, sé hacer máquinas muy buenas para ofender y defender y navíos que resistirán los proyectiles de las más gruesas bombardas.

»En tiempo de paz, creo que puedo ser tan útil como el primero en la construcción de edificios públicos y privados, y conducir las aguas de un lado a otro.

»Item haré una escultura de mármol, de bronce y de barro, lo mismo que en pintura, lo que puede hacer otro, quienquiera que sea.

»Podría comenzar el Cavallo, monumento que será gloria inmortal y honor eterno de la feliz memoria de nuestro padre y de la ínclita casa Sforza.

»Y si alguna de antedichas cosas pareciese a alguno imposible o irrealizable, dispuesto estoy a hacer experimentes en vuestra presencia, en el sitio designado por Vuestra Excelencia, a quien humildemente me recomiendo.

»Leonardo da Vinci».

—¡Qué barbaridades más imposibles!… —rió el Podestá.

—Ésta fue la opinión de Sforza, que se limitó a aprovechar lo tangible: el cincel del escultor. Pero medité que algunas de estas supuestas invenciones podían realizarse. Tal, por ejemplo, los carros cubiertos tirados por percherones también cubiertos de petos y corazas. Desde el interior de estos carros, los ballesteros serían fuerza atacante de gran peso. Estos carros han sido construidos, y cuando Von Merck envíe a buscarlos, gracias a ellos podrá Génova vencer.

—Sois un genio de las finanzas.

—Y vos, de la política.

Los dos distinguidos rufianes se miraron riendo.

—Esta noche, hacia las diez, según mensaje de Von Merck, parte de sus reitres irán a buscar los instrumentos que habrán de servirles para aplastar a «Faciatosta» y a Dago Corsi.

—Tened cuidado. Pueden ser vistos…

—Vendrá tan sólo uno de ellos a mi domicilio. Los otros aguardarán fuera de la ciudad, para que los conduzca al lugar de los graneros.

—Creo que mañana amanecerá el día en que tendré que anunciar a mi amado pueblo que, ante la fuerza de los invasores, nos hemos inclinado, aceptando el mal menor. Mis plácemes, señor gobernador.

—Mi amistad, señor Podestá.

* * *

—Majaderos… —susurró un hombre, mientras deslizábase fuera de la habitación, desde la cual había estado oyendo cuanto hablaron el Podestá y Bruno Sarto.

Era un ujier. Siguió susurrando:

—Se regodean preparándose a cambiar de collar siendo los

mismos perros…

Se aproximó a un hombre revestido de hábito frailuno.

—Esta noche, a las diez, un reitre invasor irá a buscar a Bruno Sarto, que le conducirá donde esperan otros, para ir a recoger artilugios demoníacos, con los que asaltar las fortalezas.

Marchóse el falso monje, que, como el ujier empleado hacia poco, era un hombre al servicio del hidalgo lunático.

* * *

—Entre picaros, gana el más capacitado, y si tiene verdadero talento como es mi caso, llega a ser un gran personaje en la Historia.

Así monologaba un individuo alto, magro, de semblante mefistofélico, anchas espaldas y porte de hidalgo.

Acababa de caer el crepúsculo, y al frente de una nutrida escolta formada por su propia servidumbre elegida meticulosamente, y el resto de los Hermanos Corsos, dirigíase don Rodrigo hacia la suntuosa mansión de Bruno Sarto, «El Espléndido».

Iba montado a caballo, y de vez en cuando acariciábase la barbilla en punta, que acentuaba su apariencia tenebrosa.

Estaba ya próximo el triunfo de su propósito. Habíase adueñado de la voluntad del Diablo Corso, y tenía plena confianza en que poco le costaría ser obedecido por el sentimental y romántico trovador.

* * *

Cercanas las diez. Bruno Sarto, que había ordenado a toda su servidumbre acostarse, paseaba por el gran jardín cerca de la verja de entrada.

Un reitre vino a saludar, describiendo con la linterna que portaba unos círculos de contraseña.

Bruno Sarto, embozado en su capa, abrió la verja y, precediéndole, echó a andar hacia los depósitos donde almacenaba los carros cubiertos y se alojaban los percherones acorazados, que consideraba la mejor de sus inversiones financieras.

Hacía ya unos instantes que, tras los pasos del prohombre y del reitre seguían los restantes mercenarios de «Sans Merci».

Llegaron a un claro que formaba pradera entre bosques, y designó Bruno Sarto tres blancos caserones con apariencia de edificios propios para almacenar forrajes y granos.

—Ahí tenéis lo prometido. Son instrumentos bélicos que nunca han hecho su aparición en campos de batalla, y vuestro jefe, con ellos, arrasará las guarniciones de los dos castillos. El manejo es sencillo. En cada carro caben dos hileras de cinco hombres por los costados, y de tres de frente y trasera. Protegidos eficazmente, disparan sus ballestas sembrando lluvia de mortíferas flechas, y avanzando sin que nada ni nadie pueda detenerlos. Adiós, buen hombre. Presentad mis saludos a vuestro jefe.

Alejóse Bruno Sarto, mientras los reitres avanzaban por la pradera en dirección a los tres caseríos.

De pronto desenvainó, alarmado, al interponerse en su camino una alta silueta.

—Buenas noches, messer Sarto.

—¿Quién sois? ¿Me habéis seguido?

—Naturalmente, o de lo contrario no tendría el placer de saludaros.

—Ceded paso.

—No es tal mi intención, ya que me molesté en deambular nocturnamente fuera y lejos de mis dominios.

—¡A mí! ¡Auxilio! —clamó Bruno Sarto.

—No os desgañitéis, messer Sarto. Tengo muy fundadas dudas de que quede un solo reitre con vida. Os agradezco la buena inversión que hicisteis, proporcionando al paladín de mi causa un armamento sin igual, que le valdrá el triunfo.

Exasperado, Bruno Sarto, hábil esgrimista, atacó. Poco duró la pelea. Hallóse desarmado, en una trabazón de aceros desconocida; a la vez, el puño de la espada adversaria chocó contra su cuello, en doloroso golpe que le privó por unos instantes de respiración.

Repitió don Rodrigo el golpe, asestándolo contra la sien de su contrincante, y Bruno Sarto desplomóse al suelo.

—Señor… —dijo una voz respetuosa.

—Hablad.

—Han caído veintidós hombres, pero nuestra es la pradera.

—Sacad los carros y cuanto armamento exista en los caseríos, y conducidlos hacia los castillos. Ponedlos a disposición de messer

Corsi o sus lugartenientes, y decid que es un obsequio de don Rodrigo. Regresad con los míos al peñón.

—¿Si me preguntan más…?

—Nada más sabéis. Pero no tengáis cuidado. Recibirán esos juguetes con gran alegría, y desearán emplearlos cuanto antes. Llevaos también a este hombre, para que quede en custodia de los patriotas. Decid que aportaré pruebas de su traición. Podéis cumplir.

CAPÍTULO VI

EL JUEGO DEL EQUIVOCO

Luys Gallardo, desmontando, avanzó hasta prosternarse ante las dos hermanas Montemar.

—Te saludo, mi dama Altiera. A tus pies, mi dama Alicia.

—Te vimos angustiadas lanzarte a través de las filas enemigas, para ir en busca de tus luchadores.

Y ahora, de nuevo, has arriesgado tu vida por salvar el castillo.

—Por vosotras.

—No he podido dormir… —dijo, tenuemente, Alicia.

Luys Gallardo, perplejo, observó la enamorada actitud con la cual Alicia de Montemar le contemplaba.

—Desearás, sin duda, hablar con «Faciatosta» —declaró Altiera.

Ignoraba el trovador que allí estuviera reponiéndose de sus heridas el condotiero Renzo.

—Antes contigo quisiera hablar, mi dama.

Algo en la expresión de los ojos y en la tonalidad del recién llegado hizo que Altiera empalideciera.

¡Volvía a ser el galante cortejador quien la miraba con elocuente ardor!…

Se irguió.

—Vete a la sala, Alicia. Después… tu prometido irá a charlar contigo.

Parpadeó Luys Gallardo. ¿Prometido de Alicia de Montemar?…

Altiera señaló las almenas abarrotadas de soldados, y el aislamiento del rellano en que se hallaban.

—Nadie nos oye, y puedo hablarte como te mereces, trovador. Consentí en que cortejaras a Alicia, y que cada noche vinieses a aumentar en ella el amor que por ti siente. Un día me dijiste, al

principio de conocernos, que te complacía mí poco femenina rectitud y claridad. No estoy dispuesta a tolerarte galantes extravíos… Desde hace tres noches, a raíz de que nos salvaras de morir a manos de la tudesca, vi… que cesabas de galantearme… y lo preferí, porque soy la prometida de «Faciatosta». Pero ahora, con profundo desagrado, acabo de comprobar que… apenas has mirado a Alicia… y, en cambio…

—Te devoro con toda el alma, porque la roja luz de las antorchas te forma una aureola sonrosada… Sonríe, mi dama… Que la nieve de tu aparente gelidez se funda… ¿No somos buenos amigos?…

—Tornadizo y demasiado voluble es tu carácter, trovador. Por tres noches fuiste indiferente… Sólo parecías tener vida para rendirla a mi hermana… Te confieso que tu brusco cambio me extrañó… El hecho, de ser yo novia de Ugo Paolo Renzo no empecé para que entre vosotros dos reine cordialidad de buenos amigos…

—Imposible cordialidad… ¡porque es por tu sonrisa por la cual yo lucho! No te acalores. Altiera… ¿A mí qué se me ha perdido en Córcega? Recuerda mi promesa. Redimiría el nombre de Dago Corsi sólo para complacerte. Yo no enamoré a Alicia…

—¡Presuntuoso juglar! Son tres las noches en que a la pobre niña le hablas de amor…, y escucha bien. Luys Gallardo…, ¡juro que con mi propio puñal he de quebrarse el corazón, si destrozas con tus galanteos de pícaro afortunado el inocente latir amoroso de mi Alicia!

—No sé si eres más bella enojada o sonriente… No me mires así, mi dama, que por tu sonrisa dejé mi existencia tranquila para mezclarme en continuos enredos. Tú te alabas de clara y recta, y yo, por tu sonrisa, perdí mi única claridad: la de andar por el mundo como un atolondrado trovador.

—Prometiste redimir el nombre de Dago…, y tan bien lo has logrado, que mi hermana, a quien quiere, es al trovador, que es viva imagen del Diablo Corso.

—¿Ella sabe…?

—Tu memoria flaquea extrañamente, trovador. Recuerda que anteanoche consentiste que a «Faciatosta» y a Alicia les fuera revelado el sublime engaño a que te prestaste. Pero no quiero más engaño… Aún es tiempo de no herir de muerte las ilusiones de

Alicia…

—Hagamos un paréntesis, mi dama. Estamos sitiados, y urge resolver esta situación. Después…, todo quedará claro. Se me antoja que hace años que no te veía. ¡Cuánto envidio a «Faciatosta»!…

—Cese el juego, señor —irguióse ella, altiva—. ¿Creéis acaso que somos frívolas italianas con las que podéis juguetear? No olvidéis que somos corsas y condesas: doble nobleza y doble rectitud.

Sonrió, divertido, el trovador. Comprendía que muy al contrario de lo que hubiese podido imaginar, Dago Corsi, en vez de vengarse, había aceptado el equívoco, fingiendo ser su propio enemigo que le suplantaba.

¿O era más refinada su venganza y fingía amores?…

—Si queréis visitar a ligo hacedlo ya, porque es natural que él esté impaciente. No es un galante pícaro, sino un hombre de armas.

—Tutéame, mi dama…, o proclamo a diestro y siniestro que me harta ya el ser otro, siendo yo mismo de mucha clase para andar como un pelele. Como Luys Gallardo, y por doquier, buenas aventuras me surgen sin tener que usurpar la fama de nadie… y obtener como premio tu fruncido ceño.

—Es que… me desconciertas. Tan a lo vivo te has tomado tu cometido, que más que un alegre histrión, esos últimos días parecías el verdadero Dago. ¿Por qué ríes?…

—Por alegría natural, y porque me encanta verte. Permíteme ahora que le reitere mi felicitación a Ugo por haber logrado el amor.

—Ugo no entiende de chanzas, trovador. Creo que eres



...chirrió el puente levadizo.

incorregible, pero procura enmendarte. Has prometido tornar por esposa a Alicia, y ser con «Faciatosta» el patriota defensor de Ajaccio.

En la sala alta del torreón, sentado en el lecho, Ugo Paolo Renzo, cubierto como siempre el rostro, posó la fijeza de su única pupila en el semblante del que entraba.

—Albricias, messer. —Y su opaca voz resonó contenta. —Sé que has roto por dos veces el cerco, y que tus hombres están hostigando a los sitiadores. Pero ¿qué hace el Podestá, que no envía a sus soldados? No sabes cuánto deploro verme postrado…, aunque gracias a ti esté con vida.

«¿Gracias a mí?», pensó Gallardo. Eso significaba que también Dago Corsi había actuado muy distintamente a como era de esperar.

No quería deshacer el equívoco hasta lograr enfrentarse con su otro yo.

—¿Cuáles son tus planes, messer?

—Toda esta noche, los Hermanos Corsos hostigarán sin cesar a las fuerzas de Erich van Merck. Por otro lado, un cautivo teutón intenta apoderarse o matar a «Sans Merci»…

—Si lo consiguiera, sería un triunfo. Privados de un jefe, los reitres huirían a la desbandada.

—Por si no lo logra, al amanecer ordena que toda la guarnición haga una salida, a la par de un hostigamiento en conjunto que ordenaré. Y que se replieguen inmediatamente, salvo tu mejor parecer.

—De acuerdo con tus planes…, que para un trovador demuestran genio bélico. ¿Has pensado en hostilizar las naves en que desembarcaron los invasores? Sería muy eficaz.

—El capitán corsario Truand Lascar se ocupa de ello.

—Grandes triunfos vas consiguiendo, messer… Tu simpatía viril arrolla los obstáculos que en su camino hubiera encontrado el áspero y poco diplomático Dago. Y como te dije anteanoche, en el fondo lamento la muerte del que en un principio fue un excelente patriota, y continuaba siéndolo, aunque con exceso de crueldades y deslealtades.

—Debo internar volver al otro lado del cerco. Aprovecharé una de las escaramuzas de hostigamiento.

—Pocas bombardas tenemos, pero ordenaré a Giovan que las mande disparar para abrirte brecha. Aún no hemos usado su poder, porque hasta la medianoche nos dio de plazo «Sans Merci». Confío en que al amanecer podré montar a caballo y capitanear la salida…

—¡Por favor, Ugo! No hagáis tal cosa —suplicó Altiera—. Estáis aún muy gravemente…

Alzó la diestra el condotiero, y su voz fue severa:

—¿Soy acaso un mequetrefe, Altiera? El contacto del arzón y la armadura me repondrán. Humillante sería que se levantase el cerco y quedase vencido el invasor, mientras yo reposara blandamente.

—No tan blandamente, «Faciatosta» —sonrió Gallardo—. Pero comprendo tus deseos. También yo alguna vez mal herido, y no siendo más que un trovador, me repuse peleando de nuevo. Hasta pronto, y confío en que al amanecer ondeará en estas almenas la bandera del triunfo.

Fuera de la sala, Altiera preguntó:

—¿Puede el guerrero perder un minuto hablando con Alicia, que espera ansiosa a su paladín?

—La ironía no te resulta, mi dama. Naciste para ser rectilínea y clara.

—Y tú, tortuoso y obscuro…, aunque no logro detestarte. Mal hice el día en que sentí simpatía hacia un pícaro caballeroso, que si perdiera los resabios de juglar errante, sería un magnífico señor.

—Lo seré, si me ayudas.

—¿Cómo?

—No desconfiando de mí.

—Eso quiero. Confiar en tu nobleza española. No puedes burlarte de una inocente doncella.

—Despídeme de ella. Me urge regresar a mi sitio. Dile que me embriaga su presencia y necesito todos mis sentidos para la lucha.

—Tus labios son los que han de decirle estas lindezas.

—Si insistes…

En el umbral de la sala donde aguardaba Alicia, Luys Gallardo sintióse tan molesto como cuando Bárbara Foscari, creyéndole Dago Corsi, le hablaba apasionadamente.

Hincó la rodilla ante ella, besando su diestra:

—No os arriesguéis demasiado, Luys… —musitó ella. Y sonrió dulcemente, añadiendo: —Excusad… Quedamos en que os llamaría Dago siempre. Cuando estáis lejos de mí, se obscurece mi vida…

—Permanecería junto a vos eternamente, pero mi deber me reclama, Alicia. Aplicad vuestra diestra en mi frente, para que se oreen mis atribulados pensamientos.

—Comprendo que ardua es la tarea impuesta.

—Mucho más de lo que podáis suponer, Alicia. Hasta pronto.

Al subir a las almenas, Luys Gallardo sabía ya que no corrían

peligro las Montemar. Por razones que averiguaría, Dago Corsi prefería devolverle el peligroso equivoco, aceptando ser Luys Gallardo.

Tenía hartura de aquella situación. Y ansiaba enfrentarse con su sosia.

El capitán Giovan Fierro acudió.

—«Faciatosta» me ha ordenado que os acompañe, messer, en vuestro regreso a través de las líneas enemigas. Saldré con veinte soldados. Y las bombardas abrirán fuego dañino, para ayudar vuestro propósito. Y…, si no os enojáis conmigo, dejadme reiteraros mi agradecimiento, messer.

—¿Por qué?

—Gracias a vos, salvas están las vidas de mis señoras.

—Gracias a los muros del castillo, soldado.

—Me refería a que las salvasteis de muerte cierta.

—¿Ah, sí? Lo tenía ya olvidado. ¡Ahora! ¡Presto! ¡A caballo!

Por sitios distintos a los de la primera escaramuza, volvían Vincenzo Fedele y Dom Corpacho con sus cuadrillas a hostigar a los reitres.

Las bombardas abrieron fuego desde las almenas. Chirrió el puente levadizo.

Luys Gallardo, escoltado por Giovan Fierro y veinte soldados, atacó en tromba por donde las bombardas, sabiamente apuntadas, causaban estragos.

Cambiaron las bocas de fuego su tiro. Retiróse Giovan Fierro con sus soldados, algunos de los cuales quedaron derribados antes de atravesar el puente levadizo.

Algunos reitres lanzáronse en persecución inútil. Un cuarto de hora después, cesó todo rumor de combate.

Eran infructuosas la mayor superioridad y disciplina de los reitres frente al rápido combatir de los Hermanos Corsos, que actuaban desde lejos y se retiraban a tiempo, a favor del boscaje.

Descabalgó Luys Gallardo, y su caballo, atravesado por varias flechas, cayó muerto.

Continuó a pie, y de pronto se adosó a un árbol. Frente a él, Stronck Goldstein, al frente de los treinta cautivos liberados, ordenaba:

—¡Rodead a este perro! ¡No le deis muerte! Yo… ¡Yo he de ser

quien lo destroce!

CAPÍTULO VII

EL FUTURO ALMIRANTE

Bruyant Lartiguers, encadenado entre sus hombres, bamboleábase al compás del balanceo de la nave.

—No os apuréis, compinches. No son cadenas perpetuas. El corsario Lascar está en desacuerdo momentáneo conmigo, y la disciplina a bordo es severa. Pero es un compinche… y no me jugará mala pasada. ¡Cantad, zopencos! Es la manera de acertar les malos tragos y evitar el mareo… ¡Dios! ¡Cómo se mueve este condenado cajón!

«Coclicó» tosía y escupía, denotando claramente que no había nacido para marinero.

Con voces desmayadas en su mayoría, los veinte cuadrilleros iniciaron unas coplas báquicas.

—¡Callad! —gritó al cabo de unos instantes Bruyant—. Da dolor de tripas el oíros. ¡Ah, ah…! Atraído por la dulzura de vuestros bramidos he aquí al felón y cabezudo gran corsario…

Truand Lascar avanzó hasta la barra, donde las argollas mantenían presos a los bandoleros.

—¿Me das tu palabra de hombre que no intentarás pelear conmigo, Bruyant?

—La tienes. Todo con tal de no bailar como un cerdo colgando.

Quitó Lascar las argollas que rodeaban tobillos y muñecas del gascón. Éste se puso en pie, e inmediatamente el loro acudió a colocarse en su hombro, emitiendo graznidos excitados, que podían interpretarse como manifestaciones de alegría.

—He pensado, ¿sabes, Bruyant?…

—¿Sí? —interrumpió el gascón—. Te habrás quedado agotado. ¿Y qué has pensado, ricura? ¿Darme otro testarazo?

—No quiero que me consideres responsable de haber tú perdido una buena ocasión…

—Cien mil hormazos como cien mil soles…

—Puedes ganarlos.

—Devuélveme el mulo, el Diablo… y déjame que con mis compinches pise tierra sólida. No te guardo rencor, gran hombre. Has decidido servir a los corsos, allá tú.

—El que tus compinches queden libres, de ti dependerá. No te llevarás a Dago… Pero podemos tratar un buen asunto.

—Soy todo orejas. Pero subamos a donde el aire me reconforte. ¡No os impacientéis, compinches! Pronto volverá papaíto a quitaros los brazaletes…

En cubierta, solos en el alto puente de popa, Truand Lascar tocó en el hombro a su amigo. «Cocheó» trató inútilmente de picotear irritado la mano del corsario.

—¿Recuerdas que cuando nos conocimos dijiste que me apreciabas? ¿Recuerdas?

—Entonces te dije que por ser tú, uno de los pocos que iba en favor de los menos contra los más, teníamos fraternidad.

—Yo siempre he sido el mismo. Luché contra el turco porque abusaba de su poderío. No quise retirarme, pese a la orden de mi rey. Y rebelde fui, y a precio tengo la cabeza.

—Que por lo dura, bien deben pagarla. ¿Y a dónde me llevas con esta cháchara?

—Fallaste en tu credo, Bruyant.

—¿Yo?

—Te aliaste con los más, para aplastar a los menos.

—Vine a cazar a Dago. Y me retiraba lavándome las manos de lo demás. Tanto es así, que Erich Von Merck me amenazó con yo que sé qué cosas, si me largaba sin despedirme. En todo ese asunto de genoveses y corsos, a mí lo que me importaba eran los cien mil florines.

—¿Y por cien mil florines luchabas sin gran riesgo contra esta turba de invasores abusivos?

—Si eres tú el que me ha de pagar los cien mil, listo voy.

—Yo no. Las cajas de Ajaccio, por orden del Podestá.

—¿El Podestá? Valiente traidor…

—¿Sí? Oye, Bruyant… Tú sabes lo que yo ignoro. Ayúdame, y

has… hecho fortuna.
—¡Vil materialista! ¿No crees que también por gusto y amistad puedo ayudarte?
—Gracias.
—Y si además puedo vaciar alguna caja, me contentaré con pescar algunos redondeles de oro. Mis compinches son buenos tipos, y todo trabajo ha de ser remunerado.
—De acuerdo. ¿Quiénes forman los grupos invasores?
—No soy ningún chivato, ¿te enteras?
—Chivato quien traiciona a los suyos, y lo desprecio. Talento el que sabe comprender que de poco hombre es favorecer a los que ya cuentan con mayoría y poder.
—Tú naciste para letrado, Truand. No en balde has frecuentado cortes y leguleyos. Soy todo tuyo, truhán. ¿Qué pretendes?
—Me considero capaz de ser almirante de las naves que defiendan la débil ciudad de Ajaccio. Tengo que ganarme el empleo.
—Muy bien, almirante. Vamos juntos en el negocio. ¿Por dónde empiezo?
—Por darme tu palabra que no me harás ninguna jugarreta.
—Entre picaros… de nuestra talla, un apretón de manos vale por todos los juramentos.
Estrecháronse ambos las diestras, y «Cocheó» graznó:
—¡Vino para un valiente!
—Salado el bicho. Será el agua de mar que le da sed. ¿Quiénes forman los grupos invasores?
—Tulio Pandolfo y Braceo Montano, que desembarcaron en lugar poco distante de unas islas que llaman Sangrientas.
—¡Ehoeé! —advirtió Lascar, haciéndose portavoz con las manos.
Acercóse a la base del castillete un bretón.
El loro asustado por el estridente grito, graznó como siempre que estaba apurado:
—¡Al que rechiste le parto los dientes!
—Proa al este. Al doblar las Sangrientas, preparados todos en cubierta, izando pabellón de visita.
Marchóse el marinero. Bruyant sonrió:
—¿Pabellón de visita? Vaya visita… La nave quizá la hundas, pero los dos condotieros tienen dos mil compinches.
—Pero estás tú conmigo.

—Hombre… mucho valemos…, pero hasta dos mil…

—Tienes buen seso, Bruyant. Empléalo. Los genoveses ignoran que messer Corsi posee tres galeotas, de las cuales dos son éstas. A mí se me conoce por el gallo rebelde. ¿Quién manda esa expedición invasora?

—«Sans Merci».

—Él te envía para ordenar a los dos condotieros que embarquen con sus fuerzas rumbo a Ajaccio, donde ya impera «Sans Merci». Y no olvides que yo te he ayudado a capturar a Dago Corsi.

—Bueno. No está mal. Pero cuando lleguen a Ajaccio…

—No llegarán.

—Ah…

—Dos mil hombres en tierra son mucha gente. Dos mil hombres metidos en una nave, no son nada para mis bombardas.

—¡Ajá! Ya quedan dos mil menos… ¿Qué más quieres saber? Me va gustando tu plan. Creo que ya voy vislumbrando los cien mil florines que me dará el almirante Lascar.

—¿Hay más fuerzas?

—A Punta Crociatta otra nave llevó los cuatrocientos mercenarios de otro condotiero llamado Castiglione que debe apoyar no sé qué para permitir que el Von haga no sé qué otra cosa de flanco seguro.

—Para éste emplearemos otro procedimiento más sencillo. Abordar su nave y cortarle la retirada.

—¡Cáspita! Hundes y abordas con gran facilidad. Lascar. Pero ¿y si Tulio y Braceo no tragan la píldora?

—Siempre me quedará la solución de hundirles la nave. Lo esencial es que tú me presentes como aliado.

—Te advierto que a Tulio le partí la boca, y no creo que me tenga gran simpatía.

—Habla con Braceo Montano.

—Hay dos mujeres: la esposa y la hija de Pandolfo.

—En Ajaccio hay miles de mujeres. Las hubieran pasado a cuchillo o afrentado los invasores. No cabe compasión para quienes por dinero matan a mansalva.

—Es muy guapa la esposa de Pandolfo. Estaría preciosa de viuda.

—Dijiste que el Podestá era un traidor.

—«Sans Merci» cuenta con que el Podestá no moverá sus soldados, con el pretexto de atender a la guarnición de la ciudad. Al parecer, tanto el Podestá como otro tipo llamado el Espléndido, están vendidos a los genoveses.

—¿Lo sabes de buena fuente?

—Del purísimo y cristalino manantial. Me lo dijo «Sans Merci», quien añadió que en realidad los únicos obstáculos que se oponían a su rápido triunfo eran el condotiero «Faciatosta» y el colega Dago.

—Puedes liberar a tus compinches. Diles que el desacuerdo ajeno a nuestra amistad ha cesado.

* * *

—¡Estamos perdidos!

—¡Galeotas turcas!

Las dos exclamaciones partieron de Tulio Pandolfo y de Braceo Montano, al divisar las dos galeotas que, apareciendo de pronto, doblando el cabo, evolucionaban en maniobra que cortaba toda retirada posible a la nave que había transportado a los dos condotieros y sus mesnadas.

Serenáronse cuando uno de sus lugartenientes manifestó:

—Tripulaciones de nuestra raza, mis señores. Y ostentan pabellón de amistad.

Las galeotas mantuviéronse al pairo. Una chalupa se destacó de una de ellas.

Poco después desembarcaban Truand Lascar y Bruyant, acompañados por diez marineros armados.

Hicieron el camino hasta la tienda de los condotieros, escoltados por numerosos mercenarios.

El tétrico semblante de Tulio Pandolfo estaba enrojecido de resentimiento, mirando al hombre que le había vapuleado.

Braceo Montano avanzó.

—Grandes noticias, amigo —saludó Bruyant—. Este caballero es el famoso Truand Lascar, del cual vuestras mercedes, como el mundo entero habrán oído hablar, arrebató las dos galeotas a Abdul Hamez. Ha decidido sitiar por mar a Ajaccio, y me envía Von Merck para que vuestras mercedes, con todos los efectivos, se trasladen a ocupar la ciudad.

Braceo Montano saludó hacia Truand Lascar, el cual, comedido

y cortés, hizo doble reverencia.

—Señores, me es placentero comunicar que el condotiero Erich ven Merck domina la situación, y que Ajaccio espera sólo a rendirse, a la aparición de la fuerza que sumamos.

—En onces, el derecho de cuchillo y botín es nuestro, si entramos en la ciudad —objetó Montano.

—Naturalmente. Aunque habrán de apresurarse antes de que los reitres de Von Merck sientan tentaciones de saqueo. Por ahora, están terminando de ocupar las fortalezas.

—¿Y Castiglione?

—Permanece al flanco.

—¿Dago Corsi?

—Preso a mi bordo.

—¡Triunfo! —exclamó, alborozado, Braceo Montano.

Tulio Pandolfo conversaba con su esposa e hija. Ésta afirmaba que no quería oír hablar de embarcar, porque pasaba demasiadas fatigas.

Que les dejaran escolta e irían por tierra hasta Ajaccio…

—Muy razonable —intervino Bruyant—. Esto de meterse en un cajón que se bambolea como…

—Meteos en lo que os importa —refunfuñó Pandolfo—. Sois un ente grosero que escucháis ajenas conversaciones.

Braceo Montano daba ya órdenes de embarcar a su mesnada. Un lugarteniente de Pandolfo recibió el mismo mandato.

En todos los semblantes brillaba la codicia siniestra del saqueo que presentían cercano.

En tierra permanecieren la esposa e hija de Pandolfo, con una reducida escolta.

Camino de vuelta a la galeota, Bruyant manifestó:

—Han caído como palominos.

—Los ciega el temor.

—¿Eh?

—Sí. No les gustaba permanecer en tierra corsa, esperando. Ahora creen que todo está hecho. Y no saben que estas dos galeotas, por deseo de messer Corsi, son corsas, bajo mi mando.

—¿Y Dago?

—Preso.

—Oye, almirante: ¿qué juego te traes?

—Te lo explicaré a su debido tiempo. Ahora vamos a por Curzio Castiglione.

La nave que llevaba las dos mesnadas de Pandolfo y Montano, seguía en pos del ángulo agudo formado por la estela de las dos galeotas.

Truand Lascar dio concisas órdenes a varios de sus bretones.

Cubiertas con telas embreadas, las bombardas permanecían ocultas. Los artilleros procedieron a afinar la ya fácil puntería, y encendieron luego las mechas.

Esperó Lascar a que las tres naves estuvieran en plena mar, entrando en la ancha bahía.

Lanzó voces para que remos y velas menores cesaran de trabajar. Distaban ya escasamente una cincuentena de metros las bordas…

—¡Fuego a discreción!

Horrísonos estallidos, nubes de humo, lluvia de hierros y piedras desataron una artificial tormenta en breves segundos.

Cogida en ángulo entre dos fuegos, la nave genovesa pareció elevarse. Estalló, alzándose de popa, para cabecear pariéndose y hundirse velozmente de proa, arrastrando consigo a todo su cargamento humano.

Formóse un gigantesco remolino.

—¡Rumbo a Punta Crociatta! —ordenó, lacónicamente, Lascar—. ¡Tensad velas y a todo remo!

—¡Qué bestia!… —murmuró Bruyant—. Había allí más de dos mil tipos y ya no queda nada. Y estás tan fresco.

—Tan frescos se quedaban ellos, cuando atacaban pasando a sangre y cuchillo poblados de poca gente. A cada cual el trato que se merece. Sabrán los genoveses, cuando no quede ni uno para muestra de sus invasores, que Ajaccio ya no está indefensa.

—Escucha, almirante. Yo simpaticé con Curzio Castiglione. Dicen que es un siciliano valiente…

—Puede tratarse con él. Lo intentaré. No vendrían mal sus hombres.

—¡Qué talento eres, Lascar! Te nombro gran almirante…, pero me soplarás para los compinches unos miles de florines, ¿eh? Todos desean retirarse a una vida tranquila, plantando coles y jugando con retoños.

—¿Y tú?

—Lo pensaré.

Alejóse Lascar, para poco después entrar en la cámara donde Dago Corsi, tendido boca arriba, atado, dormitaba.

Pero apenas entró el bretón, Dago Corsi abrió los ojos.

—Los condotieros Braceo Montano y Tulio Pandolfo, con sus mesnadas de invasores, acaban de irse al infierno, messer.

—Buen trabajo. Tú no eres corso. ¿Por qué luchas contra los malditos invasores?

—Porque el caballero trovador me convenció. ¿Deseas beber algo?

—Lo que deseo es verme cuanto antes frente a mi… usurpador.

Pero su tono era casi cordial, y de nuevo se extrañó Lascar. Recordó, no obstante, que describían a Dago Corsi como prodigio de falsedades.

—No tardarás en ver cumplido tu deseo. Vamos ahora a Punta Crociata, y apenas terminado un breve asunto, iremos a anclar en muelle de Ajaccio. Mandaré aviso al señor trovador, y tu Dios te proteja. Creo que lamentaba hubieses muerto estrangulado, porque quería matarte frente a frente.

—Generoso que es el mozo —sonrió Dago—. ¿Y en cuanto al que me capturó, qué pasa con él?

—Gracias a él estoy limpiando la retaguardia de invasores.

—¿Otro corso voluntario?

—Tiene el defecto de luchar a favor de los menos contra los más. Si es que entiendes de esto.

—Trescientos hombres mandé contra las otras invasiones y contra cuantos eran traidores. Con que no serás tú quien lecciones me dé.

Truand Lascar se encogió de hombros.

—No me gustan los acertijos, y renuncio a adivinar si eres sincero. Pareces un hombre injustamente calumniado. Abur, messer Dago.

—Por ahí te pudras, corsario.

* * *

Primera reinó también la alarma en el campamento de Curzio Castiglione, hasta que éste, con anteojo, divisó en la chalupa la figura del bandolero gascón.

—¡Es Bruyant!

Salió a su encuentro, mientras la nave genovesa mantenía a sus artilleros en orden de zafarrancho de combate.

—Hola, Bruyant —sonrió el siciliano—. ¿Buenas nuevas? ¿Qué son estas dos naves? ¿Cazaste a Dago?

—Lo cacé. Estas dos naves son del corsario Lascar, que se ha aliado con Von Merck, y buenas nuevas traigo. El teutón ha triunfado. Tú y tus hombres podéis embarcar y, andando en Ajaccio, ocupar la ciudad. Pero antes sería preferible hablaras con Lascar.

—¿Por qué no vino él?

—Es capitán de mar y tiene sus costumbres.

—Vamos.

En la chalupa que les llevaba hacia la galeota, Bruyant Lartiguers miró significativamente a Castiglione:

—Te juzgo un pícaro listo e inteligente, Curzio.

—Lo soy.

—Lo demostrarás ahora.

Miró en derredor el siciliano. Mar, y diez marineros además de Bruyant Lartiguers.

Dijo secamente:

—¿Celada? ¿Con qué motivo?

—No hay celada, Curzio. Me eres simpático y te he querido evitar la suerte de Pandolfo y Montano.

—¿Qué les pasó?

—Picaron el anzuelo. Truand Lascar sirve a Córcega. Gracias a mí, los metió en la nave y la hundió. No ha quedado ni uno…

Hosco, el siciliano, guardó silencio. Poco después, pisando recio, como hombre que no se amilana, saludaba entrando en la cámara, y correspondiendo al saludo de Truand Lascar.

—Está ya advertido, Truand —dijo Bruyant sentándose y dando un tomate partido a su loro.

—Entonces, messer Castiglione, hablaremos de hombre a hombre.

—Veamos si es así, señor capitán.

—Tenéis cuatrocientos hombres. Me hubiera sido fácil hundiros la nave cortando vuestra retirada, y en poco tiempo hubierais perecido. Erich Von Merck está siendo aniquilado lenta y

eficazmente por los luchadores de Dago Corsi. Vos y vuestros mercenarios sois los únicos que quedéis por poco tiempo, si no aceptáis mi prepuesta.

—¿Cuál es?

—Ajaccio necesita condolías. La vuestra es buena y valiente. Poneos al servicio del Podestá que mañana será nombrado, y recibiréis honrosa paga, la mejor. La que defiende hermosa causa.

—¡Pero qué bien habla el futuro almirante! Acepta, Curzio, y no seas remolón.

—Si lo preferís, podéis embarcar y regresar a Génova. Gracias a vuestro amigo Bruyant ro os he aniquilado. Tenéis hasta mañana para elegir libremente. Bastará con que enviéis mensaje a uno de mis marineros. Yo me propongo ser almirante de las naves en defensa de Ajaccio. Podemos ser aliados.

Curzio Castiglione saludó:

—Sois convincente, señor almirante. Sé adivinar que ni mentís ni hay fanfarronada en lo que decís. Pero quiero ganarme el derecho a ser llamado el exterminador de las fuerzas de Von Merck. Me pondré en camino ahora mismo, y contribuiré a la labor de limpiar Ajaccio de invasores y dejarla vencedora. Bruyant Lartiguers rió a carcajadas:

—¡Qué bien, Curzio! Tú y yo hemos olvidado ya que éramos invasores. Ahora somos corsos celosos de la independencia de la isla. Como decía mi abuelo: «¡Hay que ver las vueltas que da el mundo!».

—Dadme carta escrita para poderla remitir por mensajero a Dago Corsi antes de entrar en acción. Así sabrá que soy de los suyos.

Poco después, con la carta escrita brevemente por Lascar, salió Curzio Castiglione, abandonando el barco.

—¡Rumbo a Ajaccio! —Mandó Lascar.

—Señor almirante: vos llegaréis lejos. Tenéis concisión y tacto. Bueno, ahora a reposar, en espera de que por allá se den las tortas.

—No… Algo tenemos que hacer, Bruyant. Algo muy fácil, y que sólo tú puedes lograr.

—¿Y qué es?

—Con tus veinte compinches, atraer a celada a Erich Von Merck. Y por ser en realidad tú el artífice de la completa victoria, no te

quepa duda que la ciudad de Ajaccio pagará gustosa cien mil florines.

—Oye, almirante, ¿es que crees que soy un limón?

—¡Viva el follón! —gritó el loro.

—¿Y por qué te he de comparar a un limón?

—Porque me quieres estrujar hasta la última gota.

—A ti te será fácil cazar a Erich Von Merck.

—Ya desconfío de mis dotes de cazador. Pero no está mal pensado lo que sugieres.

—Fíjate bien. Regresas a comunicar que has capturado a Dago Corsi. Que lo tienes a buen recaudo…

—¿Has olvidado los tipos que hostigan? Me pelan si me ven…

—Te daré carta.

—Sí, hombre… Y cuando me estén dando estopa, yo les diré: «Un momento, colegas, leed un poco». Estarán todos para leer ahora.

—Te acompañaré hasta dar con Dago…

—Tú estás divagando. ¿No tienes a Dago ahí dentro?

—Ya te explicarán llegado el momento. Te lo mereces.

—Renuncio a quebrarme los sesos. Soy todo tuyo, Lascar. Me has ganado; Vayamos a la caza de Erich Von Merck.

Capítulo VIII

EL SITIADOR SITIADO

Filipo Ferrante, al frente de sus cincuenta jinetes luciendo gallardamente las blancas capas en cuyo dorso aparecían bordadas las dagas insignia, recorrió de punta a punta la ciudad de Ajaccio.

Cuantos ya conocedores de que aquel escuadrón era la escolta del Diablo Corso eran preguntados por el paradero de éste, denegaban haber oído nada referente a ello.

Desesperado ya en su inútil búsqueda, Filipo Ferrante, siempre a galope, llegó al muelle donde anclaba una galeota.

Preguntó también a uno de los marinos que montaban guardia al extremo de la pasarela, y la respuesta que obtuvo le colmó de satisfacción.

Con rotundidad y casi molesto ante las apremiantes preguntas, el marinero replicó que hacía escasa mente media hora que messer Corsi, libre y disfrutando de todos sus movimientos, había partido hacia el valle de Farnedo al frente de nutrida mesnada, y que su propósito era levantar el cerco puesto al castillo de Montemar, exterminando a los sitiadores.

Barbara Foscari, que a caballo iba junto a Filipo Ferrante, comentó:

—Logró escapar. Vayamos a reunimos con él.

—Las órdenes que yo tengo son de permanecer en la ciudad.

—Y las que yo te doy son de que debes ayudar con tus bandidos a levantar el cerco.

—De ti no tengo orden alguna que acatar.

—¡Ay de ti cuando le diga a Dago tu insolente respuesta!

Encogióse de hombros el capitán de «Los Cincuenta de Bastelica» viendo alejarse a todo galope a la calabresa.

Decidió ir a comunicar lo que había averiguado a Delfín Lechuga.

* * *

Viviane
d'Aurigny
escuchaba complacida las ardorosas manifestaciones de pasión que le prodigaba el castellano.

Comprendía que aquel «levante» estaba profundamente enamorado de ella, y objetaba:

—No quiero creer cuanto me dices.

—¿Por qué no?

—Nuestro camino es inseguro.

—Uniéndonos lo haremos seguro.

—Es pasajera tu pasión. Yo soy como un vinillo espumoso que embriaga unos instantes.

—Te menosprecias.

—Me juzgo en lo que valgo, y precisamente porque me eres agradable y bien te quiero, deseo evitarte la calamidad que te supondría el unir tu destino al mío.

Iba a replicar el castellano, cuando meditó que era preferible dejarlo para mejor ocasión.

Se puso en pie y dijo:

—Olvidaba que debo averiguar lo sucedido a mi amigo y jefe.

Dejóle marchar la francesa, convencida de que ya Bruyant y sus compinches habrían puesto gran distancia entre su botín y sus personas, y la ciudad.

Y disipada ya su angustia, tendióse a dormir con honda satisfacción.

No anduvo mucho tiempo Delfín Lechuga. Oyó lo que le comunicaba Filipo Ferrante y, de común acuerdo, decidieron que si al anochecer no se tenían nuevas noticias, irían al valle de Farnedo.

* * *

A la amenazadora conminación del tudesco, los antiguos cautivos vacilaron unos instantes.

Luys Gallardo, siempre apoyando sus espaldas en el árbol,

deslizó sus manos hacia las dagas.

—¿Qué mosca te picó, Stronck? Te jactabas de lealtad a la palabra empeñada y ha bastado que te entrevistaras con «Sans Merci» para intentar…

Interrumpióse el trovador porque, gacha la cabeza, engaritados los brazos y descubiertos los dientes en mueca siniestra, el tudesco se abalanzaba.

Su ataque contagió a los demás en acometividad, pero uno de los que seguían al tudesco atravesó la espalda de éste con su espada, repitiendo por dos veces la mortal estocada.

Y se detuvieron los que le seguían al ver caer muerto al tudesco.

—Tú nos diste libertad, messer —habló el que acababa de derribar moralmente herido a Stronck Goldstein.

Aparecieron varios de los peregrinos, y de inmediato, la rechoncha y maciza figura de Bembo.

—Id a reuniros con Dom Corpacho —ordenó el trovador—. Él os indicará la misión que os pertenece. Y si, como espero, exterminamos a los sitiadores, tendréis libertad completa.

Bembo aguardó a que se alejaran los cautivos y al desaparecer éstos, susurró, empinándose sobre la punta de los pies en vano intento de alcanzar el oído de Luys Gallardo:

—Bárbara ronda por el bosque, mi amo. Me preguntó, despegándome, dónde estabas… No creo que le gustara el saber que entraste en el castillo de las señoras de Montemar.

Con enojo cruzó los brazos el trovador:

—Pudo muy bien Dago atenerse a menos novias. No me place recibir más miradas amorosas que las que me gane a pulso, y no valiéndome de los posibles atractivos de otro.

—Este otro y tú sois como dos gotas de agua, mi amo, y por lo tanto es natural…

—Lo natural es que tú muevas la lengua siete veces en tu bocaza antes de hablar.

—Sí, mi amo.

Ambos estaban en lo alto del peñasco elegido como observatorio por el escudero.

En la penumbra y por entre el boscaje, quedó visible el deslizar en largo desfile de jinetes que a pie llevaban de las bridas sendos caballos.

—Capas blancas, mi amo. Son los de Filipo.

—Refuerzos muy aceptables.

Delfín Lechuga y Filipo Ferrante explicaron con bastante embarullamiento lo que había sucedido en el «Mesón del Gallo».

No replicó el trovador.

Cuando Filipo Ferrante y sus hombres se fueron con la misión de hostigar, unidos los grupos de Vincenzo Fedele y Dom Corpacho, preguntó Delfín Lechuga:

—¿Cómo conseguiste escapar?

—No escapé.

—¿Eh?

—El que apresaron los capitaneados por el juglar del loro, era el otro.

—¡Atiza! Espero que lo habrán liquidado. Y resulta, pues, que mintió Dom al afirmar que lo estranguló. En fin, cesó el enredo… ¿Adónde acudo?

—Donde te plazca. Mientras dure la noche llevamos ventaja, hasta el amanecer en que harán una salida los del castillo. Después tendremos que abandonar estos bosques, porque a la luz del sol, los del tudesco nos darían caza. Pero ahora es él quien está sitiado.

* * *

Después de la segunda escaramuza, en que de nuevo fueron bastantes las bajas sufridas entre los reitres, que veíanse acometidos desde la obscuridad y a mansalva por retaguardia, y en veloz ataque con presta retirada, haciendo inútil todo contraataque, Erich Von Merck, reunió a sus lugartenientes.

—Sólo hay un medio de defenderse. No tardarán en llegar los artefactos desde los que asaltaremos las fortalezas. Irrumpiremos en la explanada y allí estaremos a salvo de estas acometidas traidoras, de los que tienen forma de combatir de bandoleros, valiéndose de la protección natural de malezas y arbustos. Por el instante, ensanchad la línea. Id y dad ánimos a los soldados. Pronto dejaremos esta posición, que ahora nos es obligatoria.

Había pensado en retirarse, y aguardar la luz del día, pero comprendió que por entre la abrupta y selvática comarca, sus reitres serían fáciles víctimas.

Necesitaba con urgencia atacar. Y por eso, con impaciencia

aguardaba la ayuda de maquinarias, que contra ella y sus soldados, iba a entrar en acción, al filo de la medianoche.

En el escudo colgado junto a la puerta cerrada de la tienda, resonó el golpe con que un reitre llamaba para entrar.

Abrió «Sans Merci».

—El hombre del loro, *Mynheer*.

El gesto de ella significó que entrase. Bruyant Lartiguers apareció, jovial y bienhumorado.

Para el gascón no había matices ni moral. Estimaba buena jugarreta digna de ser encomiada por su abuelo difunto, la que estaba preparando.

Habiendo venido a Córcega para capturar a Dago Corsi, en compañía ya bajo el mando de Erich Von Merck, ahora por avatares y un azar, era su objetivo intentar atraer a emboscada al teutón.

Bruyant estimaba que el condotiero de los reitres era un genio bélico, pero carente de toda ductilidad, imaginación y picardía.

Casi sentía lástima hacia su futura presa.

—Hola, jefazo.

—¿Vuestros hombres?

—Atrás quedaron custodiando a Dago. Lo cacé.

—Tengo que verlo para creerlo.

—Que me muera si no es verdad —dijo, con profundo acento de sinceridad el bandolero—. Venid y lo veréis.

—Mi sitio es éste. Traed acá al Diablo Corso.

—Lo metí custodiado por mis compinches en una cueva. Todos los alrededores están poblados de tipos con ballestas y hondas, subidos a árboles y metidos entre maleza. Me costó sudores llegar hasta aquí.

Naturalmente, no explicó que separándose de Truand Lascar, que no quiso viera a Luys Gallardo, fue acompañado hasta rebasar las líneas de los Hermanos Corsos, loor Dom Corpacho.

—Entonces os quedaréis aquí, hasta el amanecer, en que la hora del triunfo sonará.

—¡Cáspita! No me place la idea.

—¿Por qué?

—No soy hombre de guerra.

—Seria un riesgo inútil el regresar atravesando de nuevo las líneas enemigas.

—Pero… dentro de nada se va a armar el gran follón…

—¡Viva el follón! —graznó «Coclicó»—. ¡Farra, gresca y camorra!

—Vuestro pajarraco me es sumamente odioso. ¿No podéis prescindir de su compañía?

—No podemos vivir el uno sin el otro. Oíd, jefazo… Yo me apartaré un poco, ¿eh? Vine a cazar a Dago. Lo hice y terminó mi misión.

—Quedad aquí dentro, cuando se inicie el combate real. Esperando estoy el armamento que a mi disposición entrega el corso traidor llamado Bruno Sarto.

—Esperemos, pues, sentados…

Y riendo, el gascón acercóse a la mesa, y cogió frutas que fue comiendo y repartiendo con su loro, mientras se sentaba.

De pronto, irguió súbitamente el busto, soltó la manzana que mordisqueaba, y trató en vano de llevarse las manos a la espalda…

Entre sus dos omóplatos acababa de hundirse la aguda hoja de acero de un puñal.

Cayó arrodillado, y sus ojos, que empezaban a enturbiarse, miraron con admirado reproche a «Sans Merci» que bajo la máscara del enrejado casco, demudada, sintiendo un vehemente deseo de gritar, inclinóse sobre el gascón.

—¡Caram… ba!… Me creí pícaro… y me has… ganado… Ya decía… mi abuelo… que no debemos creernos más… listos…

Cayó de bruces el bandolero. Su loro, posándose sobre la mesa, apartado de brusco manotazo por «Sans Merci», emitió gorgojos que semejaban lamentos.

Resonó junto a la puerta el escudo. Entraron dos reitres, dominando los forcejeos de Bárbara Foscari, que, ojos relucientes y retorciéndose airada, clamó:

—¡Lo maté porque se atrevió a burlarse de mí! Consiguió que Dago me creyera culpable de su captura… Le seguí hasta aquí… ¡Y muerto está! Así, Dago…

En alemán, secamente, «Sans Merci», en pie, ordenó:

—Uno de vosotros dos ponga al herido sobre mi camastro. El otro, que se lleve a esta mujer, y sea ahorcada inmediatamente.

El reitre tuvo que golpear brutalmente a la calabresa para conseguir llevársela.

Mientras, el otro, también con esfuerzo, logró colocar a Bruyant Lartiguers sobre el camastro.

«Coclicó» vino a posarse en la cabecera. Sus graznidos eran monótonos, como el llanto de un viejo de voz cascada…

Hasta que no se fue el reitre, y no cayó de nuevo la puerta colgante de la tienda, «Sans Merci» fue una armadura de bronce en pie.

Pero apenas a solas con el hombre que amaba, con todo el ímpetu de un primer amor de valkiria, desplomóse la mujer, cogiendo entre sus manos enguantas de mallas de hierro la fría



...Había decidido morir junto al mal herido.

diestra del gascón. Y bajo el casco enrejado, los grandes ojos azules de la germana lloraron con el mismo escozor que cuando su padre murió…

El reitre había quitado el puñal de la ancha herida. Erich Von Merck, febrilmente, olvidóse de todo. Sólo pensaba en luchar contra la muerte que con lentitud inexorable se iba apoderando del jovial

bandolero.

De su equipo de arzón, sacó hilas, hierbas y bálsamos. Formó compresas que mojaba en vinagre. Iba restañando sangre. Una sangre roja, generosa, que manaba a borbotones…

Consiguió detener la hemorragia. Pero Bruyant Lartiguers permanecía extrañamente inmóvil; él, que había sido la viva imagen de la vitalidad exuberante y vulgar.

Fuera, varios reitres contemplaban con indiferencia disciplinada, el hermoso cuerpo femenino que sin vida colgaba de soga sujeta a una rama de roble.

Capítulo IX

ANIQUILAMIENTO

Fue Buceo uno de los antiguos segundos de Dago Corsi, el que a través de la floresta, preguntando a unos y otros de Sus compañeros, llegó hasta el lugar donde encontrábase Luys Gallardo, con Bembo.

—Venimos del Peñón, mi señor —saludó—. Uno de los hombres de Don Rodrigo me transmitió lo que de parte de su señor debo decirte. Es obsequio suyo lo que te llegará dentro de media hora a lo sumo. Me adelanté a los demás.

—¿Qué es, piojo?

—Unos carros provistos de corazas, con percherones de tiro, también protegidos. Desde dentro, dieciséis hombres, bien sentados, y a cubierto de toda herida, pueden disparar por aberturas sus ballestas. Es maravilloso, mi señor.

—¿Cuántos?

—Treinta carros, mi señor. Y un prisionero llamado Bruno Sarto, de quien dice Don Rodrigo que es un traidor, y aportará pruebas.

—¿Y Don Rodrigo?

—Regresó al Peñón, mi señor.

—Bien. Vuelve a avisarme cuando los carros lleguen, y advierte a los demás que no se asusten ni ataquen, hasta que no dé yo orden. Transmite a Dom Corpacho, a Filipo Ferrante y a Vincenzo Fedele, que se estén agazapados, sin hostigar.

Alejado el Hermano Corso. Luys Gallardo pulsó las cuerdas de su laúd. Y sentado, murmuró:

—Me harta ser condotiero, pero debo reconocer que la suerte me favorece. Y ardo en deseos de ver libres los contornos de reitres, para poder rendir visita a Don Rodrigo. ¿Qué juego es el suyo?

¿Qué juego era el de Dago?

—Eso pienso yo, mi amo —dijo Bembo, poniendo cara de pensador.

—Ya hay refrán que dice que es peligroso tirarle del rabo a León muerto, por si acaso en zarpazo postrero te destroza. Pero yo le tiré del rabo a un tigre, que muy vivo, se estuvo quieto, sin venir a matarme ni hacerme daño alguno. ¿Por qué?

—Creo, mi señor, que si coges a solas al hidalgo de la luna, y le aprietas el gañote… hablará.

—Esto pienso hacer.

Una alta silueta acercóse a la base del peñasco.

—¡Capitán Lascar! —exclamó, asombrado, Gallardo—. Os hacía navegando en busca de los escondrijos de las naves genovesas.

El corsario bretón escaló el peñasco. Sonreía con exultante euforia de portador de sorprendentes noticias.

—Largo es lo que he de contar, messer.

—Tomad, pues, asiento. Este pícaro que veis aquí sentado, como si le doliera el cuerpo de tanto trabajar, es un perezoso, que me es muy fiel, mi escudero Bembo. Saluda, valentón, al mejor de los capitanes del mar, el señor Truand Lascar.

Bembo se levantó e hizo una profunda reverencia. Después, como si hubiera quedado agotado por el esfuerzo, tendióse de nuevo, con lentos y cuidadosos gestos.

—Iré por partes y cronológicamente, messer. A la que me dejasteis me disponía a zarpar, cuando divisé en el muelle a un antiguo amigo mío, un bandolero simpático y viril, llamado Bruyant. Saltó a mi nave, pidiendo pasaje para él, sus veinte compinches, que así califica a los componentes de su cuadrilla, y un mulo cargado de misteriosa alforja.

—¿Más misterios? Creedme si os juro que tengo hartazgo de misterios y enredos. Se ha prolongado el juego en demasía, y en terminando lo que aquí nos reúne, volveré a ser el claro, el personal, y solitario aventurero tañedor de laúd.

—Creo que el misterio se aclarará. Resulta que Bruyant tenía orden de Génova pagada con cien mil florines si triunfaba, de capturar vivo o muerto a Dago Corsi.

—Me enteré por Delfín Lechuga, de que lo logró.

—Sí, pero le hice desistir. Dago está a mi bordo, bien custodiado

y sin posibilidad de huir.

—¡Magnífico! Por fin podré verme con él y aseguramos de que uno de los dos, volverá a ser libre e independiente.

—Es un hombre extraño… No habla con rencor ni odio. Parece un sardónico valiente, que posee un secreto…

—Lo oiremos. ¿Qué más, capitán?

—Bruyant es un temperamento noble, sólo que no teniendo principios ni educación, eligió la profesión de salteador de caminos. Me profesaba amistad, y fui convenciéndole de que no era traidor, ayudarme. Me señaló los dos puntos donde se hallaban las naves. Hundí con todo su cargamento humano la nave que conducía las mesnadas de Tulio Pandolfo y Braceo Montano. Más de dos mil invasores han quedado fuera de combate.

—Ajaccio os lo agradece, capitán. Y yo personalmente os felicito por disponer de una amistad tan útil.

—Nos dirigimos a Punta Crociatta. En ella estaba Curzio Castiglione, un condotiero siciliano valiente y apto para combatir. Manda cuatrocientos hombres. Le ofrecí en vuestro nombre ser condotiero al servicio de Ajaccio. También le advertí que podía retirarse, si lo prefería. Viene de camino, y no tardará en reforzar vuestras escasas filas.

—Van a sobrar hombres de pelea. Tenéis dotes de almirante.

—Eso quiero ser, messer.

—Lo seréis.

—El Podestá y Bruno Sarto son dos traidores, que esperaban a que «Faciatosta» y messer Corsi quedaran exterminados, para rendirse, y ser elegidos gobernador el uno, y continuar el otro en su cargo.

—Lo sabrá «Faciatosta».

—Bruyant vino conmigo. Atrás están sus veinte compinches. Él ha ido a tratar de atraerse a Erich Von Merck.

—Casi siento simpatía por «Sans Merci», porque se aproxima su total aniquilamiento.

Explicó Gallardo lo que había visto y oído su escudero en el peñón, y el obsequio reciente del misterioso hidalgo lunático.

Poco después fueron ambos a contemplar el armamento inventado por Leonardo da Vinci, y aprovechado por Bruno Sarto, que lo destinaba a finalidad muy distinta a la esperada.

—Aconsejadme, capitán Lascar. Vos entendéis más que yo en cosas de guerra. ¿Qué haríais? ¿Lanzar a todos contra el cerco de Montemar, o dividir en dos grupos, y liberar también el Duino?

Mientras deliberaban, y habiendo sido convocados Filipo Ferrante, Dom Corpacho y Vincenzo Fedele, presentóse un portador de la carta escrita por Truand Lascar para garantizar los propósitos de Curzio Castiglione.

Hechas ceremoniosamente las presentaciones, Curzio Castiglione, después de mirar como fascinado al que suponía el Diablo Corso, tomó también parte en las deliberaciones.

Los treinta carros, formando círculo y protegiendo a los soldados de Curzio Castiglione, atacarían cuando surcasen el cielo por encima de la explanada tres flechas de remate encendido.

Sería la señal para que la caballería de Ferrante, los peregrinos de Dom Corpacho y las cuadrillas de Vincenzo Fedele, actuasen en conjunto.

Dispersáronse todos a fin de ocupar los lugares desde los cuales avanzarían para realizar su obra de aniquilamiento.

Para después lanzarse a combatir a los sitiadores del Duino. Y con larga ballesta, partieron dos hombres, de atinada y demostrada puntería, que lanzarían varios venablos en cada uno de los cuales, en breve escrito firmado «Dago Corsi», advertía el trovador que, al surcar el cielo la raya luminosa de tres flechas encendidas, se dispusieran las respectivas guarniciones a rematar la exterminación de los invasores.

Y dejó ordenado Gallardo, que al quedar limpios de reitres los contornos, todos los que ahora formaban nutrido ejército de Hermanos Corsos, se reagruparan en la vasta Gruta de Anfitrite, bajo el mando conjunto de Delfín Lechuga, Filipo Ferrante y Vincenzo Fedele.

Las fuerzas de Curzio Castiglione acamparían en la explanada.

Y los carros cubiertos quedarían en la explanada también, bajo la custodia de «Faciatosta» y su estandarte de quien dependería Curzio Castiglione.

Fue entonces cuando ya sólo con Lascar y Bembo, el trovador emitió una carcajada burlona:

—Es fácil ser gran capitán, cuando todo se lo dan hecho a uno. Por eso quiero volver a ser un solitario y galante aventurero. Tú,

Bembo, me acompañarás para luego ir al Peñón… No tiembles… Quedarás fuera. Ahora, capitán Lascar, ardo en deseos de verme ante mi gemelo.

—¿No queréis esperar el triunfo de vuestros hombres?

—¿Míos de qué? De «Faciatosta». Además, son ya tan superiores en número y armas, que no me gusta presenciar el aniquilamiento. Al fin y al cabo, «Sans Merci» era un guerrero.

—Que hubiera arrasado los dos castillos y ahorcado a sus moradores.

—Prefiero las escaramuzas personales, tales como apresar al Podestá, conversar con el misterioso hidalgo, y entrevistarme con Dago.

Consiguió Bembo que uno de los «compinches» que aguardaban inútilmente el regreso de Bruyant, le cediera el mulo, del cual no quería separarse.

Le costó repetir con cara feroz, que como «lugarteniente del Diablo Corso», y apodado «Camorra», necesitaba el mulo, para seguir a su jefe que, a caballo, y con Truand Lascar también jinete en otro, se alejaba.

Y emprendió un trotecillo alegre el mulo, azuzado por el afilado fresno del rechoncho escudero.

También Bembo sentíase contento. Iban por fin a volver a ser lo que fueron: un alegre trovador galante y un comilón escudero perezoso.

Abandonar Córcega y su áspera madeja de enredos sangrientos. Ya sólo quedaban dos obstáculos, que pronto quedarían resueltos: Dago Corsi y el hidalgo lunático.

Pero volvióse a medias en la grupa, mirando la lejana silueta del castillo que se recortaba en la negrura. ¿No sería también otro, obstáculo la condesa de Montemar?

Porque con sabia deducción, Bembo pensaba que si su amo, el atolondrado y galante trovador, había aceptado suplantar y correr riesgos y verse envuelto en empresa de magnitud bélica, no se debía tan sólo a su natural impulso caballeroso, sino también a que… estuviera enamorado.

Hizo mentalmente fervorosos votos el piamontés para que su ídolo, volviera a ser pronto el «mariposón» que de flor en flor femenina, libaba aventuras galantes.

CAPÍTULO X

«PRIMER AMOR, ETERNO VENCEDOR».

En la tienda de campaña, donde tantos planes de combate se habían fraguado y donde Erika Von Merck substituyó a su padre muerto, no había ahora más que una mujer enamorada, agonizando en angustias de dolor su pena de ver extinguirse lentamente la vida del hombre amado.

Era en aquellos momentos en que los párpados caídos del yacente, ocultaban las claras pupilas de color ceniza, cuando Erika Von Merck comprendía lo que era amor, ante el irrefrenable deseo imposible de verse mirar por el que empalideciendo con livideces de muerte, permanecía estático.

Por varias veces introdujo entre los yertos labios el pequeño gollete de un frasquito conteniendo un poderoso cordial.

Pasaron largos minutos, semejantes a siglos. Resonaron primero respetuosa, y después aceleradamente, las llamadas en el escudo que servía de aldabón.

Como un autómata, desprovisto de voluntad, el condotiero «Sans Merci» se puso en pie y dirigióse hacia la puerta de la tienda.

Los reitres de su personal escolta mostraban los alrededores, donde extrañas máquinas sembraban la muerte.

Oíanse los relinchos de los caballos montados por jinetes de largas capas blancas con dagas bordadas.

Gritaban los peregrinos y los que seguían a Vincenzo Fedele, mientras, más disciplinados, las huestes de Curzio Castiglione, avanzaban arrolladoras.

Desde el castillo de Montemar iban saliendo a todo galope los componentes de la guarnición. Al frente de ellos, en alto el estandarte, Ugo Paolo Renzo, se vigorizaba por el ardor del

combate.

Cogidos entre dos masas combatientes, exterminados a placer desde los carros, los reitres iban siendo aniquilados…

Maquinalmente, hizo Erika Von Merck un geste. Los reitres parieron hacia la muerte…

Regresó ella al interior de la tienda. El condotiero «Sans Merci» iba a morir. No había salvación.

Se dispuso a atravesarse la garganta con su propia espada, para no sobrevivir a la derrota.

Y fue entonces, cuando yerto el cuerpo, pero en delirio la mente, Bruyant Lartiguers habló en francés con extraña claridad, aunque sus palabras tuvieran matices de divagación.

Las largas campañas en Francia habían dado a Erika un perfecto dominio del idioma galo.

—Sí, de acuerdo… Tenías razón, como siempre, abuelo. Quien juega con fuego, se quema. La ambición me ha matado. Me bastaba bien comer, bien beber y besar a las bellas. Me ilusionó el montón de florines. ¿Cómo era? Una cascada de rubios cabellos, unos ojos como lagos azules, unas manos largas de dedos como lirios, donde el sol nunca dio una piel de leche y unas mejillas de rosa… Erika… ¡Amigo! ¡Qué fresón!

Lentamente, «Sans Merci» quitóse el casco enrejado, y fue despojándose de las distintas piezas de su armadura de bronce.

Mientras, el gascón seguía divagando:

—La última mujer que me adoró… Ya tenías razón, abuelo, al decirme que mis triunfos con las mujeres me perderían. Primero creí que era el condotiero, pero no fue él quien me hirió… Oí la voz de la novia de Dago… Ella… me arrojó el puñal…

En la tierra del suelo de la tienda quedaron amontonados los bronces de la armadura, la espada y el casco, junto con las espuelas.

Quedaba ella vestida de paje, desparramados ahora sobre los hombros los largos bucles rubios, transparentes como destellos de sol.

«Coclicó» se posó sobre el pecho de su dueño. Ladeando la cabeza, parecía escuchar atentamente.

—La última es la primera. Mi último amor el primero. ¡Qué deliciosa era la bella Erika!

Con la corta daga que pendía del cinto de su ropa de paje, Erika

abrió un hoyo en el suelo. Enterró la armadura de bronce y el casco junto con la espada y espuelas.

En pie, después de cubrir el bronce y los aceros, elevó la vista. Era el entierro simbólico del derrotado «Sans Merci».

Y triunfante, aunque sumida en doloroso y agudo trance, quedaba la mujer enamorada, que sentándose en escabel junto al camastro, cogió la diestra de Bruyant aplicándola contra su seno, donde el corazón latía con fuerza.

Había decidido morir junto al malherido.

Y desde muy lejos, en sus reminiscencias de infancia, brotó de sus labios la balada de los *Minnesingers* tudescos, la balada de los trovadores germanos…

«Primer amor, eterno vencedor».

Había perdido «Sans Merci», pero Erika Von Merck, aunque tardíamente, recuperaba al fin su personalidad de mujer.

Comprendía que de cuanto pasaba alrededor, nada le importaba. Sólo la vida pendiente de frágil hilo, del que ahora, entibiada su diestra, movió los párpados.

—Soy yo, Bruyant. La que te citó en Génova. La última que amaste por el corto espacio de una noche, y que te quiere y tuya es eternamente. Yo, Erika…

Fuera, dominaba el fragor de la matanza. Oyéronse pasos acelerados. La puerta de la tienda abrióse violentamente.

Varios hombres penetraron, armas en alto.

—¡Ahí está!

—¡Nuestro capitán!

—¡Al que rechiste le parto los dientes! —graznó el loro.

Los compinches de Bruyant abalanzáronse, pero los primeros se detuvieron cerca del camastro.

Comprendían instintivamente que los mejores cuidados los recibiría Bruyant de la hermosa mujer vestida de paje que sentada junto a la cabecera y apretando la diestra varonil contra su corazón, parecía ausente, insensible a todo lo que no fuera contemplar al yacente.

Erika hablaba en francés:

—Amor mío, debes vivir, porque eres generoso y tu vitalidad comunica alegría. No me abandones ahora que sé lo que es amar.

Uno de los salteadores gascones, tocó en el hombro con sumo

cuidado a la mujer.

—Perdonad, señora. Somos los compinches de Bruyant, que es nuestro capitán. Debemos sanarlo. Dejad que nos lo llevemos a buena cama y llamemos al mejor cirujano.

—Eso es —aprobaron los otros.

No les extrañaba la presencia de una mujer en el campo de batalla y en la propia tienda de «Sans Merci». Siempre las mujeres rodeaban al apuesto gascón.

Intervino otro:

—Entre nosotros podemos cargar el camastro, y conducirlo a posada de Ajaccio.

—La del Gallo.

—Vosotros dos partid corriendo y sacad de la cama al mejor de los cirujanos. ¡Corred!

Los restantes rodearon el camastro. Ocho de ellos colocaron sus espaldas bajo los travesaños.

Alzaron en andas la cama. Erika no soltaba la diestra de Bruyant. El loro, bamboleándose, graznó ininteligibles palabras, mientras, posado sobre el pecho del gascón, aleteaba vigorosamente.

Bruyant ladeó la cabeza y sus claros ojos color ceniza, turbios, pero sonrientes, miraron vagamente.

Musitó viendo a Erika:

—¡Amigo!… ¡Qué suculenta rubia!

Rieron animados los que escoltaban a los portadores. Bruyant ladeó de nuevo la cabeza, y desmayóse.

No miró una sola vez Erika Von Merck hacía la explanada donde únicamente quedaban los que ahora encaminábanse hacia el castillo del Duino, cortando la retirada de los reitres sitiadores, que intentaban vanamente huir.

La primera oleada de invasores quedaba exterminada.

Los diez salteadores que esperaban para relevar a los portadores de la yacija, abrían paso en circular escolta.

Gritaban al encontrarse de pronto con Hermanos Corsos:

—¡Paso a Bruyant Lartiguers, el vencedor de «Sans Merci»!

Y repetía la contraseña distribuida entre todos los Hermanos Corsos:

—¡Córcega libre!

Los portadores caminaban con tiento, pisando aplomadamente, procurando mover lo menos posible el busto.

De nuevo, Bruyant Lartiguers abrió los ojos.

—¿Dónde es el funeral, compinches? —susurró.

En el silencio, su voz fue audible.

Uno de los salteadores, con voz emocionada, replicó:

—La dama rubia te ha curado, patrón. Pero tienes un puñalón en la espalda. Sanarás.

—Sólo en la espalda pudieron darme. Id más de prisa, zopencos. Tengo sed y fiebre. ¿Dónde está la princesa?

—A tu lado, Bruyant —replicó Erika, tratando de sonreír.

—Bésame. Será el mejor cordial. Hola, «Coclicó». ¡Vino para un valiente! Qué noche más larga. ¡Qué ojazos tienes, princesa! ¿Eres de carne y hueso, o sueño? Sí, eres de carne y tus labios son fresas.

Apagóse la voz de Bruyant bajo el beso de Erika Von Merck. Iban quedando atrás los contornos de los castillos ya libres de Montemar y el Duino.

La comitiva, llevando al agonizante, aceleraba el paso hacia Ajaccio. Uno de los gascones agitó la cabeza, desolado.

—Se nos muere —dijo, húmedas las pupilas.

Erika, suave, quedamente, acariciaba con sus labios la frente febril del que, lentamente, se iba extinguiendo.

Y tercamente susurraba, como para alejar el espectro de la muerte:

«Primer amor, eterno vencedor».

CAPÍTULO XI

UN DIABLO SERÁFICO

—¡Dago Corsi! —anunciaba repetidamente Truand Lascar, cuando por las calles de Ajaccio los soldados del Podestá les erraban el paso.

El súbito respeto con que los soldados abrían camino, saludando, divertía al corsario y enojaba al trovador.

Estaba firmemente dispuesto a terminar con el equívoco y recuperar su propia personalidad.

Cuando desembocaban en el muelle donde anclaban las tres galeotas y la nave genovesa de la cual se había apoderado Curzio Castiglione, pasando a cuchillo al capitán y la tripulación, anunció Luys Gallardo:

—Pica espuelas, gordinflón.

Bembo, en continua pelea con el reacio mulo, que olfateando no muy lejana la cuadra de la cual había sido robado, quería volver a la paz de su pesebre, aproximóse.

—Mientras me ocupo de lo que a bordo me atrae, suelta el mulo y toma este caballo, con el que a todo galope irás a presentarle a «Faciatosta». Te conoce como escudero mío. Dile que mañana le aportaré pruebas… yo, o el capitán Lascar, de la traición de Bruno Sarto y el Podestá. Y que obre a su mejor parecer. ¡Galopa raudo, valentón!

Pie a tierra, antes de subir por la pasarela, sonrió el trovador:

—¿Tenéis inconveniente, capitán, que me considere amo y señor de la cámara donde preso está el Diablo?

—Vuestras son las naves.

—Saldré yo de allá dentro, porque es mi decidido propósito que muera el Diablo Corso. Pero… si no fuera así, vigilad el meñique…

y si no luce aro de oro el que triunfe, entregadlo a «Faciatosta», explicándole lo sucedido, y él determinará.

—Vos ganaréis, señor don Luys.

—Seguro. Además, no olvidéis que hay un peñasco al cual os puede conducir Bembo, donde un extraño hidalgo, maneja hilos misteriosos. Tratad de saber quién es y qué se propone.

—Vos lo aclararéis.

Ya en cubierta, señaló Lascar la puerta cerrada de la cámara, ante la cual montaban guardia cuatro robustos bretones.

Abrió la puerta, embozándose en su capa, como desde que divisó las naves. El misterio de la doble personalidad debía seguir siéndolo para la mayoría.

Cerró tras sí, apoyando las espaldas y dejando caer el embozo.

Dago Corsi había logrado sentarse, con esfuerzo Miró al recién llegado.

—Hola, messer Corsi —saludó Luys Gallardo—. Si cuerdas elevase yo rodeándome el cuerpo, me creería ante un espejo.

—Hola, hermano —sonrió Dago—. Quítame las cuerdas y nos pareceremos más.

—Antes quisiera hablar contigo unos instantes. ¿Sabes a lo que he venido?

—No.

—Una vez te dije que de los dos sobraba el peor. Eras tú.

—Queda por demostrar —rió Dago.

Había esperado ansiosamente aquel momento. Tenía ante sí a su hermano. Un hombre idéntico físicamente. Bravo, generoso, audaz…

Y sentía una oleada de cordialidad, de afecto, aunque sus ojos brillaban intensamente, por la nueva sensación.

¡Tenía un hermano, el mejor de los amigos!

—Te reputan propicio a deslealtades. Razón tienen quienes dicen que semejas un arcángel cuando quieres. Arcángel antes de caer en el infierno.

—Calumnian siempre a los que se destacan, hermano.

—¡No me llames hermano! Huérfano soy… y no quiero contigo más hermandad que la de nuestra idéntica figura. Sabes a lo que he venido: me gusta extirpar las malas raíces.

—No soy malo. —Y había en el tono del bandido, un débil

reproche. Casi un infantil lamento—. La vida es dura y áspera en Córcega. Luché contra invar sores y castigué a traidores.

—Te vi cortar la lengua y la nariz a uno de tus bandidos.

—Son piojos sedientos de sangre y si no fuera con ellos cruel, me matarían.

—¿Por qué tienes afán de demostrarme que eres un diablo seráfico? ¿Crees engañarme?

—Quiero convencerte de que aumentaron mi fama con terroríficos matices diabólicos, porque supersticiosa es esta tierra y yo soy el único que siempre salí salvo de emboscadas y batallas.

—Me maldecías cuando anuncié que por capricho y al ver nuestra semejanza, quería redimir tu nombre, por la sonrisa de una dama.

—Te maldije entonces, porque te juzgué un entrometido trovador que por juego…

—Sigo siéndolo. Juego… pero ahora ha entrado conmigo la muerte. La muerte para uno de los dos.

La espada, las dagas y el cinto que Lascar había quitado al prisionero, aparecían colgadas en el tabique opuesto al que estaba Dago Corsi.

Avanzó Luys Gallardo, desenvainando su espada. Tocó con ella el pecho del atado.

—No pestañeas siquiera, Dago. ¿Quieres demostrarme tu fama, tal vez cierta, de valiente?

—Eres un noble mozo, trovador. No matas sino frente a frente. Tampoco yo maté nunca a quien no pudiera defenderse.

En rápidos tajes seccionó Gallardo las cuerdas que mantenían sólidamente amarrado al Diablo Corso.

Dago Corsi se desperezó lentamente, mientras retrocediendo envainaba Luys Gallardo, ocupando de nuevo su lugar adosado a la puerta.

—Anda, Dago. Ahí tienes tus armas. No emplearé más que las que tú emplees.

—Española hidalguía que en esta isla no conocí, hermano.

—Cesa ya de darme este calificativo. Es burla que no… soporto. Me molesta.

—Dijiste que eras huérfano, como yo. Siempre rodeados de seres indiferentes. No son de nuestra sangre.

—¡Coge tus armas!

—¿Para qué?

—No me exasperes, Dago. No abuses de lo que has llamado hidalguía y yo llamo vergüenza de macho. Si no atacas, te cruzaré el rostro.

Brillaron peligrosamente los ojos de Dago.

—Nadie me cruzó el rostro nunca, trovador. —Y de pronto, sonrió: —Tal vez te lo tolerase, pero mejor es que no lo pruebes.

—¿Me perdonas la vida?

—Juntos hemos de vivir.

—¿Qué triquiñuela preparas?

—Ninguna. No quiero pelear.

—Te obligaré.

—No. Óyeme primero. Tenemos tiempo y me agrada verte.

—No a mí. Abreviemos.

—Has sabido ganar naves y hombres para messer Cursi y la isla. ¿Libre de cerco Montemar?

—Libre… Pero no seguirás mintiendo amores a Alicia de Montemar.

—¿Mintiendo amores? La quiero con toda mi… alma. ¿Sonríes, hermano? Tengo alma… Si endurecido estoy, no me culpes. Viví duramente solo, sin apoyo ni afecto.

—No me enternezcas, Dago. Anda a lo tuyo, lobo. Pelea, muerde, araña, pero no finjas ansia de cariños.

—¡La tengo! —Y golpeóse salvajemente el pecho, Dago Corsi—. El lobo se domestica si saben darle el trato humano desde que es cachorro. Más cuesta cuando crecido está…

—¿No piensas moverte de donde estás? ¿Tendré que desarmarme para darte valor?

—Provoca cuanto quieras. No hemos de matarnos. Quiero que nos abracemos. Eso es. Nos abrazaremos.

Rió sarcástico el trovador.

—¿Estás loco, Dago? Yo soy juguetón, pero no tanto. Cuando te abrace, será para hincarte el puñal en el costado buscándote el corazón, si lo tienes.

—Igual que el tuyo, hermano.

—Todos los hombres somos hermanos, pero no primos. ¿Sabes lo que significa primo? Sería si te hiciera caso… ahora que eres un

lobo sonriente y de labia convincente. ¿Recoges tus armas o te las tendré que en regar en bandeja de plata?

Aproximóse Dago a la mesa que los separaba. Escanció vino en dos jarrillos.

Alzó su copa.

—A tu larga vida y buena salud, hermano. —Y apuró el vino—. Excelente Falerno. ¿No bebes?

—Ya has cobrado fuerzas. A lo nuestro.

—No sé cómo empezar. Es tan hermoso y a la vez tan increíble lo que tengo que decirte.

—De antemano soy incrédulo.

—Dom Corpacho me salvó la vida dos veces. Por esto le dejé que se me aproximara sin recelo. Me atenazó a traición. Me apresaron. Y… entonces, en un peñasco solitario, conocí… a don Rodrigo, un hidalgo español.

—El lunático.

—Me día suelta. Me dejó coger armas. Me venció… Después me contó una extraña historia. Óyela.

—La oigo, pero no me adormecerás. En tus manos, hasta una copa es un arma.

—Cierto. Pero me sirve para mojar el gaznate, porque tengo ronquera y sequedad.

—Muy rara será tu historia.

—Hace muchos años, en tierra cordobesa una bella dama, amada apasionadamente por su esposo, murió al dar a luz dos mellizos. ¿Tienes sed, hermano?

Cautelosamente, pero sintiendo repentina sed, alargó la diestra Luys Gallardo para coger la copa donde Dago había servido vino.

Bebió, ceñudo, mirando con fijeza al que prosiguió:

—El hidalgo cordobés, estuvo al borde del delirio. Quiso matar a los dos mellizos. Los acusaba de haber dado muerte a la bella dama. Le pareció poco castigo matarlos, Los abandonó, dejando a uno en tierra castellana de pastores, con pañales en que bordados decía «Luys» y «Gallardo»… Bebe, Luys Gallardo. El vino del capitán Lascar es sabroso.

—Sigue.

—El otro mellizo fue entregado a un aventurero que partía a tierra corsa. Creció… recibiendo golpes, comiendo mendrugos y

buscando en vano un calor de hogar. Se convirtió en Dago Corsi.

—¿Qué… qué fue del cordobés?

—Se llama Don Rodrigo y es el hidalgo lunático. Está loco al parecer. Pero, no. Sigue teniendo rencor… Le llamo «señor»… ¡porque es nuestro padre, pero no le tengo cariño! Le perdono… pero no puedo quererlo. ¿Nos matamos, ahora, hermano?

—¿Crees que voy a lanzarme a tus brazos, llamándote hermano? ¿Quién miente? ¿Tú o el loco hidalgo?

—Ni él ni yo.

—¿Por qué no apareció hasta ahora?

—Quiso saber cuál era el destino que nos deparó la orfandad. ¿Cómo llegaste a Córcega?

Repentinamente, tensó los músculos el trovador. Recordaba… Unos misteriosos enmascarados, por noche tenebrosa, le atacaron mientras dormía en mesón marsellés. Atado lo condujeron a bordo de un velero, que hizo rumbo desconocido. Un capitán bestialmente burlón, mientras estaba él atado al mástil, le azotaba las espaldas, repitiendo: «Aquella isla es Córcega. Llegarás a nado… Allá te espera la mayor sorpresa».

—Me… obligaron a venir…

—El hidalgo nos quiso enfrentar y sin saberlo estábamos vigilados. ¿Vas creyéndome, Luys Gallardo? Pronto es para que nos echemos uno en brazos del otro. Pero soy ya otro…

Y con pueril orgullo, añadió el Diablo Corso:

—Pude en legítima defensa matar a Viviane, la francesa, que de Génova vino a quitarte de en medio. La perdoné. En Montemar me creyeron Luys Gallardo… Les dejé, pero ni hice maldad ni mentí a mi prometida… Ella me cree Luys Gallardo, pero me quiere a mi… Y tú…, hermano, debes ser el primero en comprenderme e interpretarme. ¡Quiero dejar de ser un lobo que impone terror en… la gente de noble corazón! Tengo derecho a vivir como un hombre. ¡Quiero un hogar! ¡Quiero…! No quiero ser soberbio, Luys. Vigílame. Adquiere la convicción de que ningún daño deseo a los que me miren con aprecio. Oye, Luys. El buen «Faciatosta» se lamentó de la muerte de Dago Corsi… Era un patenta, dijo. ¡Lo soy! Y además, quiero ser un hombre normal, sin leyenda. Ayúdame.

Luys Gallardo se sentó al otro lado de la mesa. Mudamente, miró arqueadas las cejas, a su mellizo.

—No puede haber más que un Dago Corsi… hermano. Hablaré con el hidalgo. Permanecerás aquí, ¿me das tu palabra?

—De aquí no me moveré.

—¿Qué tal… qué tal nos sentaría unir nuestras palmas?

Torpemente, adelantaron las diestras. Y permanecieron entrelazadas en recio apretón las dos manos.

Rió Dago. Sonrió Luys Gallardo:

—Un hermano como tú de pronto, y un padre lunático… es mucha novedad, Dago. Espero que iré acostumbrándome a la idea. Entré a matarte… pronuncias la palabra hermano, me cuentas la historia de dos mellizos… y cambias a mis ojos.

—Porque he cambiado, Luys. Y quiero demostrarlo.

Se puso en pie Luys Gallardo:

—Tal vez sea más cordial, cuando regrese, Dago. Ahora… es pronto. ¿Lo comprendes?

—Lo que yo comprendo es que ahora… ¡murió el Diablo!… Un pobre diablo, Luys, que se siente otro. Me siento… sencillamente ¡un hombre! Un hombre con derecho a querer, a tener hogar y ser apreciado.

—Dame otra copa, Dago. Tengo calor… —Y tras beber, añadió: —Al amanecer estaré de vuelta. No voy contigo, porque… y perdona, aún desconfío.

—No te lo reprocho. Dormiré, Luys… Y creo que por vez primera no tendré pesadillas.

Con torpe timidez, ambos agitaron la mano en despedida. Y cuando hubo salido el trovador, el apodado Diablo Corso, se arrodilló:

—Gracias Tú que allá reinas. Sé por fin lo que es sentirse redimido con el firme propósito de ganar afectos. ¡Buen mozo mi hermano! ¡Buen mozo!

Fuera, en cubierta, junto a la lucarna, oyó Gallardo lo que decía el que veía arrodillado. Y sintióse agradablemente conmovido. Pero… quería ver al que siendo padre, antepuso el amor de hombre, tomando injusta venganza.

Apartóse dirigiéndose a la pasarela. Vio a Bembo esperando abajo.

—¿Os acompaño, señor? —interrogó Lascar.

—Mucha gente me ha rodeado desde hace unos días. Os

explicaré a mi regreso. Dago… está libre, pero no debe abandonar la cámara. Voy al peñón del hidalgo lunático, y regresaré al amanecer.

—Buena suerte, señor.

Abajo, Bembo, presentó las bridas del segundo caballo.

—Volé, mi amo. «Faciatosta» dijo que os notificara que se ponía en camino para apresar al Podestá. Conduce a Bruno Sarto preso dentro de una carreta tirada por bueyes. Me dijeron que eso significaba ignominia, y que así llevan al patíbulo a los traidores. Bárbara Foscari estaba colgada de un árbol muerta. La ahorcaron los reitres…

—Pobre mujer. Sangrienta isla es ésta, Bembo.

—Mucho, mi amo. ¿Cuándo nos vamos a otra más tranquila?

—Pronto. Por ahora hay una madeja que acabar de desenredar. Guíame hacia el Peñón.

—Esto… ¿solos, mi amo?

—Cuando vea el peñón, puedes quedarte a pasear con el caballo, esperándome.

Bembo hinchó el pecho, se alzó el cinto, y dijo, heroicamente:

—Contigo, mi amo, no me importan los fantasmas. Iré donde tú vayas. Hasta… la muerte…

—Pica espuelas, valentón. Eres un buen pícaro. Viviremos muchos años en dulce paz.

Ambos al galope partieron hacia el lugar donde, desafiante y erecto, se recortaba la maciza mole del peñón donde moraba el hidalgo lunático.

Epílogo

—Insano afán es, el afán humano de creer que a la vida vinimos para amargar la de los demás, buscando querella y procurando acortarle la existencia. De Caín descendemos, y no lo podemos negar. Es tan estúpida la ambición nuestra, que ciframos nuestro bien en vaciar arcas y mermar hogares para combatir sin tregua, cuando para todos habría bienestar si en cordial hermandad trabajáramos y las arcas llenas se emplearan en adquirir lo que falta nos hiciera a trueque de oro o por lo que cada nación produjera. Es éste un mundo de imbéciles regido por insensatos, que se consumen y nos consumen en largas discusiones. Muchas veces he pensado, amiga luna, que si habitada estás, tus moradores podrían darnos lecciones de vivir, a juzgar por tu sonrisa burlona cuando nos miras benévola y apiadada.

El que así hablaba a solas, en alto el aguileño rostro de puntiaguda barbilla, paseaba el corto trecho que lindaba por un lado con hondo precipicio que al mar daba, y por otro, con la horadada roca que formaba el enhiesto peñón.

—Faltan unas horas para el alba y los primeros rayos del sol entibiarán los cadáveres que ahora tú, amiga luna, cubres de sudario de plata. Los invasores abonarán con sus esqueletos los campos, do nacerán alimentos que robustecerán una generación, la cual, posiblemente, en venideros años, irá, a su vez, a invadir otras tierras, abonando también con sus huesos otros campos. Al menos, una utilidad tendrán las guerras. Pero apena pensar que el ingenio del hombre se afana en inventar máquinas destructoras, tales como las que cedí al cachorro lobezno.

Un cendal de nube ocultó la faz lunar. El hidalgo lunático se estremeció al quedar en plena obscuridad.

Tanteó la roca hasta dar con la entrada, y poco después en su

sala de meditaciones, sentado ante la mesa adornada con humana calavera, eligió de entre varios libros, uno que ostentaba en letras doradas el título «El Príncipe».

Sacó de entre sus hojas un pergamino ya amarillento por los años, que desdobló, y con sardónica sonrisa fue leyendo, por enésima vez:

> «Desde la isla de Malta. En este año de 1498, en su mes de marzo».

«A vos, Don Rodrigo de Bujalance.

»Mi caro amigo y confidente: En hora tal como la que me impulsa a coger la pluma para escribiros, aprovechando que zarpa correo galeón español, me es deber de amistad el resumiros brevemente no tan sólo mis pasos desde que partí de nuestra querida ciudad natal, sino también el motivo de hallarme en esta lejana isla.

»Como os dije al partir, me movía una extraña curiosidad por saber en qué habían parado los dos infantes maldecidos desde el primer llanto de aparición al mundo.

»Uno de ellos, Luys Gallardo, vagabundea por la tierra provenzal, perfeccionándose en la picara vida del trovador errante, bienquisto de damas caprichosas y escarnecido de señores, aunque he de reconocer que si ante damas es gentil, contra caballeros es ferozmente alegre.

»El otro, por fiereza indómita, domina en isla corsa, siendo cabecilla de asociación bandidesca llamada de los Hermanos Corsos. Como veis, no desmiente su primer crimen. Vos que no sé si en chanza o en veras, afirmabais ser capaz de erigir en rey al hombre que tuviera don de suscitar terror y supiera mandar en fieras, tenéis en Dago Corsi, que tal lo han apodado, un buen discípulo, si os apetece venir a esta isla, plena de barbarie y crédula en fantasmagorías.

»A ambos les vi sin darme a conocer. Rara es la naturaleza, Don Rodrigo. Vos fuisteis testigo de cuánto los maldije por haber ocasionado la muerte de mi Luz, de mi Sol, de mi Aliento…

»Y, no obstante, casi huí al divisarlos. Tienen buena planta, tan

semejantes el uno al otro, que es imposible diferenciarlos. El trovador es risueño y atrae todas las simpatías; el bandolero es áspero y domina por un extraño poder de mando que de él emana. Tuve que huir, sintiendo algo remoto, como una voz del Más Allá, la de mi Luz, pidiendo reconciliación. Podría perdonar, y no quiero… ¿Por qué me perdonarían ellos?

»Arribé a esta isla de Malta, porque en ella se me ofrecen dos santas maneras de morir. Vacilo aun entre elegir el hábito de Templario y combatir al turco que por estos mares campea dominante, o bien zarpar rumbo a las Tierras Nuevas descubiertas por el almirante Cristóbal.

»Mi alcurnia y mi temple me hacen elegir como castigo a haber abandonado mis deberes, escarneciendo mi obligación de padre, el morir en santo combate contra el turco o en cautiverio entre indios que bravamente se oponen a perder su salvaje libertad. Creo que me decidiré, por considerarlo más acorde a mi rebelde espíritu, a luchar contra los siervos de la Media Luna.

»Difícil será que volváis a saber nunca más de mí, mi buen amigo Don Rodrigo. El seno del mar o un montón de tierra turca me darán reposo. Y rezad como rezo, para que mi gran crimen sea perdonado. Triste valor tuve para condenar a orfandad a dos criaturas, y hoy que ya están convertidos en hombres, carezco de valor para enfrentarme con ellos.

»Os abraza, siendo este muy seguramente el último abrazo de

»Gonzalo Bravo de Zaldívar».

PRÓXIMO EPISODIO:

«MÁSCARA DE CERA».



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto su padre era ingeniero aeronáutico tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste y Arnaldo Visconti con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Véase Islas Sangrientas. < <